



# Renace la Ilusión

Isa Pola  
Ema Gramática





R 79 (RENACE)

Renace la ilusión

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

AQUEST LLIBRE  
ESTÀ EXEMPT DE  
PRESTEC

**EDICIONES BISTAGNE**

**EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

# Renace la ilusión

Sentimental asunto, real y humano

Dirección de

G. ALESSANDRINI

Producción

SCALERA FILM

Distribución



R 6.190

PRINCIPALES INTERPRETES:

EMMA GRAAMATICA  
ISA POLA  
RUGGERO RUGGERI

Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne



# Renace la ilusión

## Argumento de la película

—¡Que vienen...! ¡Que vienen...!— exclamó uno de los chiquillos, viendo avanzar calle adelante a los tres solterones, bien conocidos en todo el barrio por sus figuras un poco estafalariae y por sus costumbres tan metódicas que cada vecino hubiera podido predecir exactamente la hora del día con sólo ver a uno de ellos en una de sus idas y venidas cotidianas a través de las calles que les eran tan conocidas.

Echaron a correr como bandada de gorriones espantados, alzando el vuelo en un campo de trigo, y dejaron allí, dibujadas grotescamente en la pared con gruesos trazos de carbón, las figuras de los tres amigos, que se detuvieron ante ellas, contemplándolas con bonachona complacencia.

—¡Mira esto!...— exclamó Anselmo riendo—. Nos han hecho la caricatura... y además te han ensuciado la pared de la casa.

—¡Mira qué capricho!—rezongó Ge-

naro un poco malhumorado, porque ni le gustaba verse en caricatura ni admitía que le hubieran estropeado la cal de la fachada de su casa.

—Pace estamos muy parecidos... ¡Especialmente Genaro! —rió Guillermo con todas sus ganas al ver la cara de disgusto que ponía este último.

—Sí... ¿Pero de veras tengo yo esa barriga?—preguntó Genaro, tocándose la suya propia que, aunque había voluminosa, no alcanzaba, con mucho, a la que los chicos habían trazado grotescamente sobre la pared.

—Pues mira, ahora que veníamos hablando de doña Clementina... es una lástima que el artista que ha hecho nuestros retratos no haya pintado el suyo...—comentó Anselmo.

—¡El de doña Clementina se hace pronto!... Con dibujar una víbora...—replicó Genaro.

—Bien, dejemos esto y vamos a de-

cidir, ¿Qué hacemos esta noche? ¿Vamos o no?

—¿A dónde? — preguntó Guillermo que ya no se acordaba del tema de conversación que les había tenido entretenidos hasta entonces.

—¿Cómo a dónde?... A la recepción que da doña Clementina por la fiesta de su hija.

—¡Ah, es verdad que hoy es la fiesta de Gemma!

—Buena... ¿pero ese compromiso, se hace o no se hace?—inquirió Genaro, bajando un poco la voz con aire misterioso.

—Parece que sí — contestó Anselmo, que era el mejor informado.

—Me extraña mucho que no nos hayan hablado de ello... Alejandro y Adelaida se hacen mucho los misteriosos en este asunto.

—Pues precisamente por el misterio de que rodean la cuestión, creo que será verdad. Además, hay otra cosa... Al principio, estaban siempre de acuerdo; ahora, cada vez que hablan de su hijo, arman discusiones que no se acaban... Se ve que algo anormal ocurre.

Los tres amigos continuaron en silencio su marcha, pensando cada uno en aquel problema que, en la quietud de sus vidas, ponía un incentivo de curiosidad: ¿se casaría Carlos con Gemma? ¿Realmente su amigo Alejandro daría el consentimiento y su esposa Adelaida se resignaría a perder a su hijo único?

¿Lograban ponerse de acuerdo con aquella viuda de doña Clementina, que quería casar a su hija, pero quería casarla bien, con alguien que aportara al matrimonio una tranquilidad económica segura y duradera?

¡Ah, todo eran serias preocupaciones para el cerebro de los tres solterones que no tenían nada mejor que pensar ni nada más grave en que preocuparse que aquellas nimiedades de la juventud, de la que ellos, ¡desgraciadamente!, se hallaban tan lejos!

Adelaida y Alejandro, en aquellos mismos momentos, se encaminaban hacia una floristería que estaba en la misma calle por la que los tres amigos debían cruzar. Iba el matrimonio discutiendo acaloradamente, como acostumbraba hacer desde que su hijo Carlos había escapado a su dominio paterno y pensaba y actuaba por su cuenta y razón, sin darles grandes explicaciones de sus proyectos y de sus propósitos.

—¿Qué hacemos con las flores, las compramos o no?—preguntaba Alejandro a su mujer, en un tonillo un poco impaciente.

—Lo que te parezca mejor, pero yo creo que quieres comprometerte demasiado en ese asunto—contestó ella, que no opinaba igual que su esposo.

—¡Vaya un compromiso!... Por un ramo de flores que regalemos a Gemma el día de su cumpleaños, no me parece



que nos comprometamos demasiado...  
 ¿Es un cuestión de conveniencia nada más!... Incluso me parece que estas cosas deberías pensarlas tú... Las mujeres conocéis mejor las prácticas sociales...

—Bueno... vamos... si te empeñas...

Entraron en la tienda a tiempo que los tres amigos llegaban cerca de ella, viéndoles entrar.

—¿Lo estáis viendo?—comentó Anselmo en tono de triunfador—. ¡Adquisición de flores!... ¡Ya os decía yo que...! Vamos, acerquémonos a la tienda a ver si averiguamos algo...

Como tres mujercas amantes de hurgar en vidas ajenas, los tres solterones se acercaron cautelosamente a la floristería y miraron a través de los cristales, procurando "pecar" alguna palabra que les diera la clave del secreto.

—Buenos días, señora—dijo Alejandro, adelantándose ante la florista—. Queremos un manojo de rosas para una señorita que celebra su cumpleaños. Pero queremos algo bonito y delicado.

—Descuiden ustedes, déjenlo de mi cuenta... ¿Rosas blancas o rojas?—preguntó la florista, disponiéndose a formar el ramillete.

—Elija tú—dijo Alejandro a su mujer, un poco perplejo ante la elección. Y volviéndose a la florista le pidió:

—¿Me hace el favor de un trozo de papel para escribir la dirección?

—Sí, señor, tenga la bondad—replicó la florista, acompañando a Alejandro hasta una mesita que había cerca de la puerta.

Aprovechó aquel momento Anselmo para entrar en la tienda, como si no supiera que estaban allí sus amigos, y exclamó con perfecta naturalidad, como si le sorprendiera mucho verlos:

—¡Oh, Alejandro!... Buenos días... ¿Cómo está usted, señora?

—Buenos días, Anselmo.

—Buenos días.

Se dieron las manos, se saludaron, se hicieron las inclinaciones de ritual, y luego, Anselmo, dijo a su amigo en voz baja:

—Te esperamos ahí fuera con los amigos.

—Sí, voy en seguida... Deja que termine la dirección... Ya está... Adelaids, salgo un momento ahí fuera, te espero charlando con mis amigos mientras tú acabas de decidir lo de las flores.

—Está bien... No os alejéis.

—No, querida.

Alejandro salió en compañía de Anselmo que, cuando se vió lejos de la esposa del primero, que siempre le atormentaba un poco, preguntó a su amigo, dándole una palmadita en el hombro:

—¿Conque estabais comprando flores, eh?... Y lo hacíais con un aire misterioso...

—Déjate de suspicacias, Anselmo... Compráhamos flores para Gemma... Estamos invitados a la recepción que da con motivo de su cumpleaños, y alguna cosilla teníamos que mandarle...

—¿Comprendo?... ¿Y Carlos?—preguntó, con un tonillo muy significativo.

—Carlos está entregado en cuerpo y alma al estudio—replicó Alejandro con orgullo paterno—. Para él no hay más diversión que el estudio, ni otra ley que sus libros. Ahora se está preparando para examinarse de trigonometría, y creo que va a obtener la mejor calificación, porque se pasa el día encerrado en su cuarto, dedicado por entero al estudio.

Pero esto era lo que decía su padre, aunque la realidad era muy otra. Carlos no podía, no quería estudiar. Obligado a permanecer en su cuarto noche y día para meterse en la cabeza todos aquellos complicados logarismos y resolver aquellos difícilísimos problemas, su cerebro y su corazón brincaban impacientes y volaban a través de la distancia hacia otras ideas y otros ambientes.

—¡Al traste con la trigonometría y con quien la ha inventado!—decía, en el mismo momento en que su padre estaba haciendo el gran elogio de su pasión por el estudio—. ¡No puedo más! ¡Ahorrezco los libros, y las matemáticas por encima de todo! ¿Qué

empeño tienen en que yo asimile todas esas cosas que no me importan nada? ¡Al diablo con todo, sea, al diablo!

Tiró al aire los libros y soltó una risotada juvenil, abrazado luego al amigo que venía a verlo y que se rió con él de aquel alarde de "amor al estudio", que hubiera dejado perplejo al autor de sus días si lo hubiera presenciado.

Charlaron los dos de muchas cosas, con esa volubilidad de la juventud que salta fácilmente de un tema a otro sin ahondar en ninguno, y luego, Mario, mirando fijamente a Carlos, le preguntó:

—Y... los asuntos del corazón, ¿cómo van?

—¡Espiéndidamente!

—¿Sigues tan enamorado?

—Más aún. ¿Cree que mi corazón se abrasa, querido Mario?

—¡Bah!... Con el agua que hay en Venecia no hay que apagar... Puedes apagar todos los incendios amorosos...

—Cree, sin embargo, que el que arde en mí no puede apagarlo nada... ¡La amo demasiado!—suspiró Carlos, muy convencido de sus sentimientos.

Los dos amigos callaron un momento y luego, viendo que ya era tarde, comenzaron a buscar en el guardarropa de Carlos la indumentaria que mejor había de sentarle para lucirla aquella

noche en el baile que daba Clementina daba en honor de su hija Gemma.

Carlos buscaba algo que realzara su prestancia y que le diera un aspecto elegante. Quería aparecer como un perfecto caballero, como el caballero de los sueños dorados de las cabecitas femeninas, porque aquella noche estaba dispuesto a llegar al fin que se había propuesto: ya no podía pasar más tiempo llevando oculto en su corazón el amor que lo abrasaba; quería gritarlo con todas sus fuerzas y decir a todos que nada podría oponerse a la realización de aquel amor.

En casa de doña Clementina se trabajaba activamente para la fiesta de la noche. Era esta señora tan enjuta de carácter, tan agria en sus palabras, tan dura en sus comentarios, que cuantos estaban cerca de ella debían sufrir sus impertinencias y sus golpes de genio, muchas veces tan fuera de tono y tan acres, que hacían saltar las lágrimas a los que eran víctimas de ellos.

Daba doña Clementina disposiciones a unos y a otros, ordenando cuanto se le ocurría a fin de que la fiesta tuviera todo el esplendor que ella quería darle. Había cifrado en la fiesta todas sus ilusiones, porque sabía que Carlos vendría a ella acompañado de sus padres y que acaso en aquella noche se resolviera el porvenir de su hija Gemma que tan preocupada la tenía.

Iba de un lado a otro de la casa, disponiendo las flores, arreglando los muebles, plegando con arte las cortinas, vigilando las arañas, dejando todo tan limpio y tan pulcro que parecía toda la casa como un ascua de oro. Estaba satisfecha. Sus futuros consuegros no podrían encontrar el menor motivo de crítica de aquel hogar que abriría sus puertas a Carlos, que lo recibiría como a un hijo verdadero y que lo acogiera con todo el cariño que un buen marido merece... Eso era lo que pensaba doña Clementina, cuando sonó el timbre de la puerta y apareció un botones con un espléndido ramo de flores en la mano.

—¡Ah, ya está aquí!—exclamó Clementina, segura de que aquel regalo no podía venir más que de Carlos.

Lo cogió, lo dejó sobre una mesita y abrió la tarjeta que lo acompañaba:

—Adelaida y Alejandro Bianchi.—  
leyó. Y extrañada, leyó de nuevo la tarjeta.— Adelaida y Alejandro Bianchi...

La miró por todas partes y preguntó al niño que esperaba:

—¿Hay otra tarjeta, verdad?

—No, señora, sólo me han dado la que le entregué...

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señora. Me dieron el recado directamente a mí, y sólo me entregaron esa tarjeta.



—Sí, sí, te creo... pero me extraña... Y ya sé porqué lo digo... Bueno, puedes marcharte—añadió, viendo que el muchachito seguía firme, esperando.

Entonces comprendió lo que el botones esperaba, y con una sonrisa que no tenía nada de atractiva ni simpática, añadió:

—No tengo monedas sueltas... Otro día te daré algo...

—¡Ah, lo mismo da, señora... yo sólo lo trabajo para la gloria!—replicó el chiquillo con mucha ironía, haciendo una pirueta y marchándose, no sin haber lanzado a doña Clementina una mirada en la que estaba condensado todo su rencor.

Clementina entró en la casa de nuevo y llamó a grandes voces:

—¡Magdalena!... ¡Magdalena!

Apareció una joven de una delicada y exquisita belleza, con grandes ojos tristes, de dulce mirar y una encantadora sonrisa en sus labios pálidos, de trazo delicado, que descubrían la blancura de unos dientes apretados e iguales.

—¿Llamabas, tía?—preguntó en tono humilde, porque tenía a Clementina y siempre aparecía ante ella con un gesto medroso, como si siempre tuviera la seguridad de que su tía descargaría contra ella todas sus iras.

—Sí. ¿Dónde está Gemma?

—Creo que aún no se ha levantado... Esta noche ha dormido muy poco.

—¡Ah, lo comprendo!... ¡Pobre hija mía!... ¡Cuando se ama...!—murmuró Clementina, con una expresión inefable al pensar en su hija.

Magdalena se quedó un momento pensativa, dió un hondo suspiro y murmuró, como si hablara consigo misma:

—¡Ah!... ¡Cuando se ama...!

—¿A qué vienen esos suspiros?—gruñó Clementina de mal talante, cambiando por entero la expresión de su rostro y dando a sus palabras toda la dureza de que era capaz cuando quería herir a alguien—. ¿También tú te estás volviendo romántica?... ¡Bah!... ¡Tendrías gracia eso...! Las muchachas pobres no pueden tener el lujo de ser románticas... Oye, ¿has hecho ya el recuento de las mantelerías y los cubiertos?

—No he tenido tiempo, tía, pero lo haré.

—¿Que no has tenido tiempo, holgazana? ¡Esas son excusas e historias!... Te lo he dicho ya muchas veces: cuando se da una recepción es preciso contar el servicio de plata. Vámonos, haz algo, no te estés con las manos cruzadas, como siempre... ¡Todo el trabajo me lo has de dejar para mí... o para la pobrecita Gemma!... ¡Pronto, vete a la cocina a ayudar a Catalina!

Magdalena no replicó. Sabía que su tía era injusta, cruel y mala y que hubiera sido empeorar la situación el con-

testarle tal como se merecía. Y en silencio bajó a la cocina mientras la "pu-brecita" de su prima dormía apaciblemente en su lecho muelle y tibio.

—¿Qué tiene la señorita?—le preguntó la vieja Catalina viendo a Magdalena más pálida que de costumbre y con una expresión muy triste en su semblante.

—Nada... no tengo nada... ¿Por qué? —replicó Magdalena, haciendo verdaderos esfuerzos por no romper a llorar con todo el sentimiento de su alma.

—¡Pero si está haciendo pucheros!... ¿Qué le ha sucedido? ¡Ah... su tía!... ¿no es eso? ¡Pero criatura, si ya debería estar usted acostumbrada a su carácter! ¡Hace cinco años que está usted en esta casa!

—Precisamente porque hace cinco años que estoy sufriendo este martirio, es por lo que ya no puedo más. ¡No puedo seguir aquí!... lloró Magdalena, desahogándose con aquella buena mujer a la que sabía adicta a su causa.

—Vamos, no haga usted caso... ¡Es el carácter dichoso de la señora!... Y que ahora está más amargada con eso del casamiento de la señorita Gemma... Si la señora lograba casar a su hija... se le pasarían las rabietas y los malos humores... y usted viviría más tranquila... Ande, venga, no lllore más y ayúdeme a mondar esos guisantes... El trabajo la distraerá un poquito... y con

ello evitaremos que si la señora viene, la vuelva a reficar si la encuentra llorando... ¿Ve usted?, así, muy bien... Así me gusta...

Catalina miró a Magdalena que se había puesto a trabajar activamente, dió un gran suspiro y movió la cabeza con pesadumbre, como si le doliera ver aquella dulce belleza malgastarse con las lágrimas y los sinsabores que le hacían pasar en aquella casa donde la habían recogido al quedarse huérfana, pero donde se la trataba sin la menor consideración.

Doña Clementina había entrado en el cuarto de su hija para despertarla en aquel gran día, y la encontró aún tendida en la cama, cantando alegremente, como si no hubiera nada mejor que hacer que estar acostada y dejar vagar el alma por el país de los sueños.

—¡Pero aún estás así!... Canta, canta todo lo que quieras, hija mía... pero empieza a vestirme... ¡Es muy tarde ya!

—Sí, mamá, pero es que esta noche...

—No has dormido, ¿verdad?... Ya lo sé, y no me extraña que en un día como éste el sueño huya de tus ojos. ¡Tu cumpleaños... y posiblemente el día de tu compromiso!... ¡Ah, es magnífico!... Pero vamos, pronto, arréglate un poco, que vendrá la modista a probarte el traje y aún estarás así...

—Sí, mamá, voy a darme mucha prisa... mucha prisa...—dijo Gemma, apre-



surándose a saltar de la cama y a dar principio a su *toilette*.

—¡Ah... se me olvidaba!—exclamó doña Clementina, como al descuido, cuando en realidad no había venido a decir otra cosa a su hija—. Han traído un ramo de flores magnífico.

—¿De quién?—preguntó Gemma con curiosidad.

—¿De quién?... ¿Y tú me lo preguntas? ¿De quién va a ser?... ¡De Carlos!

—¿De Carlos...?—inquirió, con aleteo de duda, la muchacha.

—De Carlos... y de sus padres, por supuesto—corrigió doña Clementina, que mentía a sabiendas, porque el ramo sólo había venido a nombre de los padres—. Ese Carlos es un muchacho muy listo, muy inteligente, muy formal, simpático y estudioso como ninguno... ¡Haréis una pareja adorable!

—¡Quién sabe, mamá...!—suspiró Gemma, bajando los ojos, porque ella no tenía la misma seguridad que su madre de gustarle a Carlos como hubiera deseado gustarle.

Pocos momentos después llegaba la modista y probaba a Gemma un traje que era un verdadero sueño de encajes, tul, cintas, sedas y flores.

—Como la señora puede apreciar—decía la modista hablando con volubilidad—, tenemos la más perfecta concepción del conjunto... Es una combi-

nación de las más ricas que se haya visto hasta hoy en Venecia... Me he permitido modificar ligeramente el figurín, porque las últimas noticias de París anuncian una mayor riqueza en la parte posterior—decía, mientras ahuecaba los frunces del polsón—y un abandono en los pliegues en la parte delantera que dan un aire señorial a la figura. Yo creo que con la calidad de la tela, que es magnífica, y la confección realizada con la máxima escrupulosidad, la señorita, esta noche, será una aparición... Por favor, señorita, ¿me permite?—añadió, dándole la mano y obligándola a dar unas vueltas en torno a su eje para admirar la armonía de la línea y la belleza del conjunto—. Así... *Vuilà!*... Así, despacio, despacio... ¡Perfectamente! ¡Eso es!... ¡Oh, es una obra maestra!

—¡Magnífica!—exclamó doña Clementina con sincera admiración ante la belleza de su hija—. ¡Eres un verdadero cuadro! Igual que tu madre, querida, igual que tu madre... Esta noche serás la reina de la fiesta.

—Lamento no poder asistir al triunfo de mi obra maestra—comentó la modista, que estaba embelesada ante su creación en verdad maravillosa.

—¿Y por qué no ha de asistir usted? ¡Al contrario!... Esta noche puedo usted venir y así, después, nos será más fácil ponernos de acuerdo sobre el pre-

cio—dijo doña Clementina, que nunca era aficionada a pagar las cosas al contado y que únicamente se decidía a cumplir cuando sus acreedores la amenazaban con hacerla comparecer ante el Juzgado.

—Bien, gracias, señora... Hasta la noche... Para mí será un verdadero placer ver triunfar a la señorita Gemma.

—Hasta la noche, pues—dijo Clementina, que quería que todo el mundo presenciara el triunfo rotundo de su hija.

• • •

El salón estaba brillantísimo. Habían encendido todos los candelabros y las luces reflejaban su luminosidad en los grandes espejos en los que se reproducía hasta lo infinito el cuadro animado del salón donde la juventud charlaba, bailaba o se extasiaba escuchando la música y la gente formal comentaba en los rincones los hechos más sobresalientes de las últimas semanas, los caballeros, y las señoras el último modelo lanzado por la moda importada de París.

Clementina estaba en el apogeo de su orgullo de madre. En verdad Gem-

ma era como una bella flor luciendo en toda su lozanía la esplendor de su belleza con el traje magnífico que un supremo esfuerzo materno le había comprado para aquella ocasión.

No menos bella estaba Magdalena, de quien nadie se había preocupado. Tenía la muchacha un encanto innato tan natural, tan dulce, tan atractivo, que no necesitaba realzarlo con galas y adornos: estaba en la intensidad de su mirada melancólica, en la sonrisa suave que iluminaba su rostro, en la perfección de sus facciones y en el porte distinguido y esbelto de su persona. Ni ella misma se daba cuenta del encanto que de ella emanaba. Tanto y tantas veces le había repetido su tía que ella no era nadie, que nunca eclipsaría a su prima, que su provincianismo se veía tan a las claras, que había llegado a convencerse de que no podía atraer a nadie, aunque esto no la impedía aspirar en silencio por un amor, un gran amor, un loco amor que llenaba por entero su corazón.

Sentada ante el piano acompañaba una pieza romántica y sencilla que Carlos ejecutaba en su violín, habiéndose a través de la música aquellos dos corazones que se sentían atraídos uno al otro y que debían ocultar sus emociones que habrían chocado entre aquella sociedad llena de convencionalismos, de prejuicios y de animosidades.

—Esa muchacha que está tocando el piano es muy bonita—comentó Genaro que estaba al lado de doña Clementina.

—Sí... la pobrecilla se esfuerza cuanto puede... pero en seguida se ve su falta de educación, su poco mundo, su timidez... Ha crecido en el campo, en Verona, entre gallinas y oca, y, ¡claro!, en un salón no destaca por su elegancia precisamente — replicó Clementina que no perdía ocasión de humillar y rebajar a su sobrina.

—¡Ah, pues esa señorita toca muy bien!—afirmó Alejandro, que no había visto nunca a Magdalena y que ignoraba la antipatía que Clementina sentía por ella.

—Sí... toca bastante bien... pero le falta alma...—comentó Genaro.

—Sin embargo, toca mejor ella que él—afirmó Guillermo.

—Repito que ella toca sin alma...

—¿Y él?... ¿Qué tienes que decir de él? ¡Si parece napolitano!

—Pues Magdalena es veneciana y jamás ha estado en Nápoles... quizá por eso dices que toca sin alma.

—A mí me gusta escucharles...

Los tres amigos, los tres solterones que asistían a la fiesta, se quedaron extasiados escuchando la dulce melodía, la fiesta iba transcurriendo placidamente. Doña Clementina, que no sosegaba ni un instante, corría hacia un grupo de amigas y, mostrando a Carlos y

Gemma que estaban hablando en aquel momento, les dijo, emocionada y con una inefable expresión de dicha:

—¡Mírenles!... Parecen hechos el uno para el otro... ¡Qué bonita pareja hacen!

—¿Y... la madre de Carlos está contenta?—inquirió una de las amigas en un tonillo un poco mordaz.

—¿Por qué no iba a estarlo?—replicó Clementina rápidamente—. ¡Gemma es tan buena, tan delicada, tan mujercita!...

La amiga que antes había hablado se volvió a Adelaida que se acercaba al grupo y le preguntó con marcada intención:

—Entonces, doña Adelaida... ¿cuándo comeremos esos confites?

—¿Qué confites?—inquirió ésta, que no entendió bien a qué venía la pregunta.

—¡Los confites de boda!

—¿Pero quién se casa?

—¡Ah!... No nos diga que usted no sabe que Carlos va a casarse. ¡Si ya todos saben que son novios!

—¿Que son novios? ¿Pero con quién? ¿De quién hablan?—volvió a preguntar doña Adelaida mirándolas a todas con extrañeza.

—¡Con quién va ser!... ¡Con Gemma!... ¡Si lo sabe todo el mundo!...

—Menos yo, que soy su madre... ¡Quisiera saber quién ha inventado esa



historial... — murmuró doña Adelaida muy seria, porque no podía oír hablar del casamiento de su hijo sin ponerse de mal humor.

Carlos había bailado con Gemma por imposición paterna. Aquel noviazgo que se estaba urdiendo era contra su voluntad, porque él no estaba enamorado de Gemma. La veía bonita, la sabía buena... ¡pero no la amaba! Sólo por complacer a sus padres que querían aquel matrimonio por ventajoso, había bailado con la homenajuada, pero sus ojos se escapaban con frecuencia para ir a encontrarse con los de Magdalena que le miraban con dulzura y le prometían toda la felicidad de un amor sincero y sin límites.

Nadie supo ver el cruce de aquellas miradas que tantas cosas se decían a través del salón, nadie más que Clementina, quien, con esa perspicacia de la mujer suspicaz, adivinó lo que pasaba entre los dos muchachos, y llamó con su voz agria y con acritud a Magdalena:

—¡Magdalena!... ¡Magdalena!

La muchacha, embelida en sus pensamientos, lejana, viviendo en su yo interior el más dulce de los sueños, no oyó la voz de su tía, que repitió cerca de ella:

—¡Magdalena!... ¡Pero, hija, por Dios!... ¿He de llamarte a gritos para que me oigas?

—Perdona... pero con el ruido de la música... ¿Querías algo?

—Sí... Sube al cuarto de costura a buscar... a buscar aquello...—no sabía qué decirle y fingió un pretexto cualquiera para alejarla del salón—. Sí, aquel figurín que dibujó nuestro amigo... encima de la mesa dejé la revista en que está... Hájalo, por favor.

—¡Ah, bien...!—replicó Magdalena, comprendiendo que lo que quería su tía era que desapareciera de entre los invitados sin que a nadie llamara la atención su ausencia.

Cuando la muchacha hubo salido doña Clementina quiso animar de nuevo a la juventud y dió orden a la orquesta de que tocara un rigodón:

—Incluso yo voy a bailarlo—dijo, para dar el ejemplo.

Pero viendo que Carlos se desentendía, insistió, impacientándose:

—Vamos, Gemma... dad vosotros el ejemplo... baila con Carlos... vamos...

Se formaron las parejas, se inició el baile y se fueron cruzando las figuras en la elegancia de los movimientos y en la cadencia del ritmo musical, entrelazándose las parejas con aquella gracia sin par hecha de romanticismo y de delicadeza, de elegancia y de preciosismo que era la que reinaba en los salones de mediados del siglo dieciocho.

Carlos bailó sin entusiasmo y, al terminar el baile, aprovechó una distrac-

ción para escurrirse como una sombra, salir del salón, subir al piso superior y sorprender a Magdalena con un abrazo impulsivo que no pudo contener.

—¡Magdalena!... — le susurró al oído con apasionado acento.

—¡Carlos, por Dios!... ¡Pero estás loco!... Vete, vete pronto antes de que te busquen.

—No, Magdalena... Estoy loco, como tú dices... soy todo lo que tú quieras... pero déjame estar contigo... ¡Me moría de ganas de verte! — le dijo Carlos con vehemencia.

—¿Pero no me has visto hasta ahora? — rió ella, envolviéndole en una mirada llena de ternura.

—Sí... pero en el salón y aquello no era verdad... ¡Si era el peor de los suplicios!

—Bien... pero ahora vete... ¡Tengo miedo! — murmuró Magdalena, mirando a todas partes como si temiera que alguien pudiera sorprenderlos.

—¡No temas!... Nadie se ha dado cuenta de nada. Están jugando y riendo como tontos... ¿No les oyes? Mi presencia no les hace ninguna falta—aseguró Carlos que no quería apartarse del lado de su amada.

—Pero... ¿y si nos ven?... ¿Y si nos sorprenden? — murmuró ella, cada vez más temerosa.

—¡No me importa! Esa continua ficción delante de todos me exaspera, ¡No

lo resisto ya más! ¡En hora de que esto se acabe!... ¿Me comprendes?

—Pero... ¿yo qué puedo hacer? — preguntó Magdalena mirando fijamente a los ojos de Carlos, como si quisiera que ellos le dieran fuerza y valor para todo.

—No lo sé... no me lo he preguntado nunca... pero esto no puede seguir así. Mis padres quieren que me case con Gemma, pero yo no la amo. ¡Yo te amo a ti, solamente a ti, que eres la mujer de mis sueños, la que llevo dentro de mi corazón como una dulce bendición del cielo!... Creo que lo mejor sería decir la verdad, la verdad a todos, a mis padres, a Gemma, a Clementina, a todos... Deshacer el equívoco en que estamos viviendo... ¡Gritar la verdad a los cuatro vientos, pasara lo que pasase!... Esto es lo que haría yo, pero tú, tú... ¿tendrás valor para ello?... ¡Alma mía, dejémosles que chillen, que se desesperen, que nos maldigan... pero seamos felices tú y yo!... ¿Quieres?

—Yo querré siempre lo que quieras tú—contestó Magdalena, vencida, segura de lo que decía, porque ella amaba a Carlos, le amaba con ese amor que es más fuerte que todo, que imprime al alma valentía y fortaleza, que le da alas para llegar a las cumbres más inaccesibles.

—¿Es verdad que me amas?—pre-



guntó Carlos, abrazando dulcemente a la muchacha.

—Sí, Carlos, con toda mi alma.

—Dímelo otra vez... y otra... y otra... ¡Es tan dulce escucharlo de tus labios!

—Te amo, Carlos, te amo, te amaré siempre, siempre...—susurró ella.

Y de pronto ahogó un grito al ver dibujarse una sombra en la pared:

—¡Nun sapian, Carlos... huye!

—¿Qué te pasa, criatura?

—Una sombra... una sombra en la pared...—dijo Magdalena en voz muy baja y temblorosa.—Vete... vete... pronto.

Y como Carlos quisiera marcharse por la puerta, ella le empujó suavemente hacia la ventana:

—No... no... huye por aquí... ¡Que nadie te vea!

Saltó Carlos por la ventana a tiempo que por la puerta entraba Clementina, con el rostro contraído por la ira, los ojos enrojecidos de rabia, la boca torcida en un gesto perverso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a Magdalena con una mirada con la que parecía quererla fulminar.

—Buscaba el figurín...

—¿Qué estabas haciendo aquí... con Carlos? —preguntó Clementina, mordiendo las palabras y apretando los puños.

—¿Con Carlos?...—repitió Magdale-

na que no sabía cómo excusarse ni qué explicación dar a su conducta.

—Con Carlos, sí, con Carlos... ¿Hablo en turco, que tanto tengo que repetir las cosas para que me entiendas? ¿Te he preguntado que qué harías aquí... con Carlos, eso es, con Carlos... lo has entendido?

Magdalena bajó la cabeza y guardó silencio, un silencio lleno de temores y de sobresaltos.

—¡Te callas!... ¡Ah, lo he visto todo!... ¡De nada te vale tu silencio!... ¡Lo he visto y lo he escuchado todo!

—Pero tía... yo...—comenzó a decir Magdalena, tratando de explicarse.

Pero su tía le cortó la palabra con presteza y le gritó, le escupió al rostro sus palabras:

—¡No quiero excusas! ¡Está bien así!... ¡Cinco años que se mantengo, y ésta es la recompensa que me das!

—Tía, por Dios... deja que yo...

—¡Calla, desvergonzada!

—¡No tengo nada de que avergonzarme!—murmuró Magdalena, ofendida por el insulto.

—¡He dicho que te calles!... Ahora mismo voy a decirles a todos quién eres tú, ¿oyes? Todos van a saber lo que has tenido el valor de hacerme a mí, ¡a mí, que te he criado como si fuera tu madre!... Pero tú saldrás de esta casa... ahora mismo... sí, ahora mismo, antes de que tu presencia manche más

las paredes respetables de un hogar que tú has venido a envilecer.

—¡Pero tía...! — gimió Magdalena, llorando desoladamente.

—Volverás a Verona, y allí te darás cuenta de lo que quiere decir ganarse la vida. ¡No quiero alimentar más vóboras en mi pecho!... Volverás a Verona, aunque me mires con esos ojos angustiados. Allí te ganarás la vida... como mejor te plazca... porque con las inclinaciones que tienes... ya me doy cuenta que no tendrás que trabajar mucho...

—¡Tía!—explicó Magdalena, que ya no podía sufrir tantos insultos.

—¡Y ahora vete de mi vista!... ¡Enciérrate en tu cuarto!... ¡No quiero verte más! Y mañana, en el primer tren de la mañana, saldrás para Verona... ¿Lo entiendes? ¡Jamás volverás a pisar esta casa que has deshonrado, jamás, jamás, jamás!

Magdalena vió cómo su tía se alejaba y volvía a bajar al salón, y ella se quedó llorando desoladamente sin saber qué hacer, sin saber qué rumbo tomar, sin sentir el valor necesario para tomar por sí sola una resolución.

Así la encontró Gemma que había salido a buscarla al ver que tanto se retrasaba, y que había extrañado también la ausencia de su madre y la de Carlos.

—¿Pero qué ha pasado?—preguntó,

acariciando a su prima, por la que sentía una gran compasión.

Magdalena le contó en breves palabras lo ocurrido. Hacia tiempo que Gemma sabía de los amores de Carlos con su prima, y sólo se dejaba cortejar por el muchacho para facilitar las relaciones entre los dos enamorados.

—¡Pero criatura, no llores así, no llores, te lo ruego!—le decía, emocionada, no encontrando palabras para consolarla.

—¡Cómo no voy a llorar!... ¿Y Carlos...? ¿Qué será de Carlos?... ¿No volveré a verle nunca, nunca!... ¿Comprendes lo que esto significa para mí?

—Cálmate, Magdalena, yo iré a buscarle y se lo diré todo... pero no llores ahora, no llores, por Dios... Que los invitados no se enteren de lo ocurrido... Tranquillízate, Carlos lo sabrá todo por mí...

—Gracias, Gemma, gracias... Ve a hablar con él... Corre, corre antes de que se vaya...

Gemma salió rápidamente en busca de Carlos, dejando a su prima, angustiada, inquieta, llorando en silencio en la oscuridad de su habitación.

Clementina había vuelto a sus salones disimulando la rabia que le roía el corazón, esbozando una sonrisa amable y cariñosa y mezclándose con naturalidad entre los grupos, para dar la apa-

ricencia de que no había dejado ni un momento a sus invitados.

—¡Ah, don Alejandro, tengo una cosa importantísima que decirle!—exclamó al pasar junto al padre de Carlos.

—Diga usted, señora, diga usted...

—No, no, ahora no puedo... no quiero estropear la fiesta... Mañana iré yo misma a su casa a tratar de ese asunto... que es un poco enojoso.

—¿Enojoso...? Como usted quiera, señora...—murmuró Alejandro, un poco inquieta por aquellas misteriosas palabras.

Clementina se acercó a los tres señores y Guillermo, adelantándose a ella, le preguntó:

—¿Pero doña Clementina!... ¿Es ésta la manera de tratar a los bailarines?... Ha dejado usted plantado al pobre Genaro a mitad de baile... y mírele usted cómo está el pobre.

—¿Pero por qué se ha quedado tan preocupado?—rió Clementina, haciendo un esfuerzo para mostrarse jovial.

—¿No comprende que esto es un desprecio imperdonable?

—¿Es verdad, mi querido amigo, es verdad!... Voy a desagraviarle... Genaro, querido, venga conmigo. ¿Vamos a bailar?—le preguntó, acercándose a él y tomándole por el brazo con un gesto lleno de coquetería, como si aún fuera una muchachita de dieciocho años.

—¿No me va usted a plantar otra

vez, doña Clementina?—murmuró el pobre bailarín desdichado.

—No, no; se lo prometo. Vamos...

—¡Por lo que más quiera, no me haga usted hacer el ridículo otra vez!—rogó Genaro saliendo a bailar con Clementina.

Y así logró aquella mujer que llevaba clavada la maldad en medio del alma, disimular la tragedia que se había desarrollado entre ella y su sobrina, y la rabia que la consumía por haber visto fallidos sus planes de casar a Carlos con su hija.

\* \* \*

Todos los invitados se habían retirado y ya todo dormía en la casa de Clementina. Todos menos Magdalena que, no pudiendo conciliar el sueño, se había asomado a la ventana y consultaba a la noche lo que debía hacer en el trance difícil en que se encontraba.

Volter a Verona era enfrentarse con la soledad y la miseria. Era, sobre todo, perder a Carlos para siempre, y aquello era lo que hacía sufrir espantosamente su pobre corazón enamorado.

De pronto le pareció oír pasos en el



jardín y adivinó, a través de las tinieblas, la figura de Carlos.

Despertó a Gemma que dormía en una cama vecina a la suya y le dijo en voz baja:

—Gemma, Gemma, ahí está Carlos... abajo, en el jardín...

—¡Oh, Magdalena, ten cuidado!...— suplicó Gemma, incorporándose y mirando a su prima que se asomaba a la ventana como si quisiera arrojarle por ella.

—¡Magdalena! ¡Magdalena!—llamó la voz de Carlos—. ¡Necesito verte después de lo que ha sucedido!

—¡Sssss!... ¡Habla bajo, que mi tía duerme en la habitación de al lado!—replicó Magdalena.

—¡Pero debo hablarte! ¡Necesito hablarte! Baja al jardín, te lo ruego.

—¡Oh, no, no puedo!—murmuró Magdalena, que no se atrevía a dar un paso por temor a despertar a su tía y a encender de nuevo la llama de sus odios y de sus insultos.

—Te lo ruego... baja.

Magdalena titubeó un momento y luego, decidida, dejándose llevar por el impulso de su corazón, saltó por la ventana y se deslizó a lo largo del tronco de un árbol hasta llegar junto a Carlos.

—¡Magdalena, amada mía!—murmuró él tomando sus manos y estrechándolas sobre su corazón.

—Carlos, mañana me marcho... Mi tía me ha echado de casa...

—¿Te vas... definitivamente?—preguntó Carlos con el rostro ensombrecido por la pena.

—Sí... ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¡Oh, Carlos, mi tía tiene razón... y yo lo comprendo! ¡Ella te quería para su hija!

—¿Y quién puede mandar al corazón? La razón la tenemos todos: ¡nosotros también tenemos la nuestra! ¡No podemos dejar que destruya nuestra felicidad!

—Carlos... fué todo un sueño muy hermoso, pero como un sueño se ha desvanecido.

—¿Y vas a resignarte así... sin luchar? ¡Oh, no, no, Magdalena! Yo no quiero resignarme. ¡Yo te amo y saltaré por encima de todos los obstáculos que puedan separarnos de ti!

—¡Si supieras cuánto sufro!—lloró Magdalena, temblando de angustia y de dolor.

—Debemos sobreponernos a nuestro dolor e intentar hallar una solución.

—No hay más solución que la de mi marcha, Carlos... Créeme...

—¡No, Magdalena, no! Yo he venido esta noche a decirte que hay precisamente otra solución mejor... ¿A qué hora te marchas?

—A primera hora de la mañana... En el primer tren...

—Bien, Magdalena. Yo quiero hacer una última tentativa... Nada puedo decirte ahora; pero quiero dar un paso decisivo... que acaso cambie por completo el rumbo de las cosas...

—¡Oh, Carlos! ¿Tienes alguna esperanza?

—¡Claro que tengo esperanza! ¡Si no la tuviera no podría verte sufrir así!... Porque tengo esperanza, porque tengo la casi seguridad de alcanzar nuestra dicha, es por lo que te veo llorar sin... sin ahogar entre mis dedos a la causante de tu pena... Vamos, criatura, cálmate, tranquilízate, ten confianza en mí. Si tienes fe en mí... ¡triunfaremos, no lo dudes!

Magdalena le miró sonriendo, pero recordando lo que era la realidad más inmediata, murmuró, volviendo a sentir que los ojos se le arrasaban en llanto:

—Pero yo debo marcharme...

—Escucha, Magdalena, tú vas a fingir que harás todo lo que tu tía quiere... ¿entiendes? Es sólo cuestión de horas. Déjame a mí; verás como yo consigo lo que me propongo. ¿Verdad que no me esperabas esta noche?

—¿Cómo iba yo a suponer que te arriesgaras así?

—Pues ya lo vez... estoy junto a ti, y así será siempre... ¡para toda la vida! ¡Siempre, Magdalena!

—¡Siempre... siempre!—susurró ella en un suspiro.

—¡Adiós, Magdalena! Ten fe en mí; me voy, pero no temas nada... Te amo.

—¡Adiós, Carlos!

Magdalena se quedó escuchando el chapoteo de los remos en el agua y vio como la góndola se alejaba por el canal, dejando una leve estela de plata en el agua.

Entonces, cautelosamente, volvió a entrar en la casa y esperó, esperó con el corazón lleno de presagios; al Carlos la amaba, nada malo le podía ya suceder.

Carlos avisó a su íntimo amigo Mario. Quería que todo su plan estuviera preparado y que no faltara detalle. Era preciso no dejar abandonada a Magdalena, y él sabría obtener el permiso de su padre para casarse con ella antes de que saliera de Venecia para siempre.

—Lo he meditado todo mucho, y sé que tú me prestarás tu colaboración—le dijo, después de haberle explicado lo que se proponía—. ¿Puedo contar contigo?

—En todo y por todo—aseguró Mario tendiéndole la mano en señal de asentimiento.

—Así estamos de acuerdo. Tú llevarás a Magdalena a la hostería de Los Tres Puentes, y le dirás que me espere allí, que yo iré a buscarla para hacerla mi esposa y para seguir con ella su misma suerte... ¡Ah, Mario, si tú supieras cómo amo a esa mujer!

—Porque lo sé me presto a ayudarte.



Magdalena es digna de tu amor. Yo sé que la harás feliz y que ella merece la felicidad que tú le des. Puedes contar conmigo.

—Gracias, Mario; en ti confío.

Ya más tranquilo después de aquella conversación, volvió a su casa y esperó a que llegara el día. Debía precipitar los acontecimientos. No podía dormirse en el camino que se había trazado. Ya que todo estaba descubierto por parte de Clementina, era preciso que él hablara con su padre antes de que aquella arpía pudiera tergiversar las cosas y hacer aparecer a Magdalena como culpable de un pecado que no había cometido.

Cuando oyó ruido en la habitación de su padre y comprendió que ya estaba despierto fué a llamar a su puerta.

—¡Adelante! — replicó Alejandro, sin sospechar que pudiera ser su hijo quien viniera a aquellas horas a tratar de un asunto trascendental.

—Buenos días, papá — dijo Carlos, entrando en la habitación y besando la frente de su padre.

—Buenos días... Temprano amanece hoy... ¿Qué te pasa? Te he oído salir antes de amanecer.

—Sí. Me había citado con Mario para un asunto muy importante... del que quisiera hablar contigo.

—También yo tenía algo que decirte — replicó Alejandro, carraspeando

un poco, porque aquella situación le violentaba mucho.

—¿Tú?—preguntó Carlos, un tanto desconcertado.

—Sí... Y comenzaré por aconsejarte que... que no hagas tonterías.

—¿Qué quieres decir, papá?

—¿No sabes de qué te hablo?

—No comprendo...

—Pues lo comprenderás en seguida. He recibido la visita de doña Clementina.

—¡Ah! Se ha adelantado. Ya ha venido a contarte...

—Sí, me lo ha contado todo, hijo mío, todo... ¿Entiendes?

—Tanto mejor—afirmó el muchacho resueltamente.

—Te encuentro muy desenfadado, Carlos. El asunto no es para tratarlo con frivolidad.

—No, papá, ya lo sé. ¿Pero qué quieres que haga? Todo lo que te ha dicho Clementina podría ser verdad... pero no lo es. Lo único que es cierto es que Magdalena y yo nos amamos. Es por esta razón por lo que yo desco hablar contigo. Supongo que Clementina te habrá dicho que ha echado de casa a su sobrina... ¿No es cierto?

—Sí. Y me ha dicho que se marcha dentro de una hora.

—Pues esto, precisamente, es lo que nosotros debemos impedir, papá—dijo Carlos con una energía que su padre no le conocía aún.

—¿Impedir?... ¿Nosotros?... ¿Y qué tenemos que ver nosotros con todo esto?

—Ya te lo he dicho, papá; amo a Magdalena, y es por culpa mía por lo que Magdalena es arrojada de su casa.

—Pues podías haberlo pensado primero... es decir, *debías* haberlo pensado primero.

—Oye, papá. Te repito que estoy enamorado de Magdalena, que la amo con todo mi corazón, y te pido permiso para hacerla mi esposa. Eso era lo que he venido a decirte.

—¿Qué?—gritó Alejandro, mirando a su hijo con las ojos muy abiertos, como si temiera que Carlos se hubiera vuelto loco.—¿Qué estás diciendo?... ¿Que quieres casarte con Magdalena?

—Sí, papá, inmediatamente, antes de que salga de Venecia...

—¿Y con qué vas a mantenerla?

—Papá... hasta que yo no gane lo necesario, será como si tú tuvieras dos hijos... Magdalena será para ti una hija amante y cariñosa. Ya verás...

—¡Ah, bonitas ideas... muy bonitas! Pero estás totalmente equivocado, jovencito, ¿entiendes? Mírame bien a la cara... ¿Has perdido el juicio... o crees que lo he perdido yo?

—Ni una cosa ni otra, papá. Créeme, he reflexionado mucho antes de venir a hablar contigo de esta cuestión.

—Pues has reflexionado mal, muy mal.

—¿Qué quieras decir?

—Que yo no prestaré mi ayuda a que tú cometas un disparate.

—Entonces... ¿te opones?

—En absoluto.

—¡Papá, piensa lo que dices!

—Piénsalo tú primero, hijo. ¿Es que te chancas... o hablas en serio?

—Na creo que ni por un momento hayas podido dudar de que te hablo completamente en serio.

—Hijo mío, entonces sí que se rie soy yo... ¡Ja, ja, ja!—rió Alejandro, con una carcajada que retumbó extraña y dolorosa en los oídos de Carlos.

—¡Papá!

—¿Pero qué es lo que pretendes? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que yo preste mi consentimiento a una locura de juventud? ¡Jamás, jamás, jamás!

—Papá, te lo suplico... Piensa en Magdalena...

—Y yo te ruego que acabe con este discurso y este tono. ¡No quiero oír hablar de ese proyecto descabellado! Primero estudia, estudia y estudia..., acaba la carrera, trabaja, gana dinero y después podrás hablarme de matrimonio. ¡Pero ahora no sigas diciéndome tonterías que me crispan los nervios! Este asunto está concluido, ¿entiendes?

—Bien, papá. Perdona... pero no será mía la culpa... de lo que puede ocurrir—murmuró Carlos saliendo de la habitación de su padre, con el rostro serio, reflexivo, como si una deter-

minación suprema hubiera prendido en su alma.

\*\*\*

Mario había cumplido escrupulosamente las instrucciones de su amigo y, recogiendo a Magdalena cuando salió de casa de su tía, la había llevado en su coche hasta la hostería de Los Tres Puente.

—Carlos me ha dicho que le esperara aquí. No tardará en llegar—le dijo a la joven que había permanecido silenciosa durante todo el trayecto, como si negros presentimientos le asaltaran el ánimo.

Esperaron toda la mañana, comieron frugalmente, porque ni uno ni otra sentían la sensación del hambre, y vieron transcurrir la tarde entera sin que Carlos llegara a la hostería, como había prometido.

—Esta tardanza empieza a preocuparme — murmuró Mario cuando vio que la noche avanzaba y que en el horizonte iban apagándose las últimas luces del sol.

—Aun así lo ha entendido mal—dijo Magdalena que sentía la angustia oprimirle el corazón y ahogarle la garganta.

—Sin embargo, yo aseguraría que...

—¡Oh, mira, mira, allí viene!—exclamó la muchacha con alegría, viendo avanzar rápidamente a Carlos.

Corrió a él y se abrazaron estrechamente.

—¡Al fin!—suspiró Magdalena sonriendo dichosa al verse junto a su amado.

—¡Al fin, querida mía!—replicó él, mirándola con amoroso afán.

—¡Cuánto has tardado!

—Ha sido un día terrible para mí. He hablado con mi padre... pero no ha querido escucharme... No quiere dár su consentimiento a nuestra boda... Y entonces he tenido que recorrer toda la ciudad en busca de... de un poco de dinero. Los amigos han sido buenos conmigo y me lo han prestado. No tenemos tiempo que perder.

—¿Qué piensas hacer? — inquirió Mario, mirando a Carlos con angustia.

—Lo que ya te dije. Si mi padre se negaba... me marcharía al extranjero con Magdalena. Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Escaparnos? — preguntó Magdalena, asustada.

—Es la única solución posible por el momento, Magdalena. No tengas miedo. Ten confianza en mí. Mira, yo estoy convencido de que, una vez dado el paso, mi padre cambiará de opinión.

—¿Y si no cambiase? ¿Lo has pen-



sado bien? Carlos, escúchame, yo estoy dispuesta a hacer todo lo que tú quieras, con tal de no perderte. Te amo y te seguiré donde sea, porque sólo a tu lado puedo hallar la felicidad. Pero yo no tengo ningún afecto que escribir... no tengo nada que me ligue a un hogar... pero tú sí... tú tienes madre y padre. ¡Piensa bien lo que vas a hacer!

—Lo he pensado muchísimo, Magdalena. Sé que les voy a dar un disgusto, pero también sé que ellos no tienen derecho a interponerse en mi camino y a destrozar mi felicidad... Mañana al mediodía habremos pasado la frontera. Nos casaremos y comenzaremos una vida nueva. No me arredra el trabajo. Sostenido por tu amor, soy capaz de todo.

—¡Carlos! — suspiró la muchacha conmovida ante tanto amor.

—¡Magdalena, esposa mía, en ti está mi dicha, no pensemos más en lo que que dejamos atrás!

Mario sentaba viéndoles dichosos.

—¿Estáis por entero decididos? — les preguntó.

—Sí, es nuestro único camino. Gracias por cuanto has hecho por nosotros. ¿Qué se debe?—preguntó al hostelero, disponiéndose a salir.

—Está todo pagado—dijo Mario.

—Gracias, gracias por todo una vez más.

Se estrecharon las manos y se aleja-

ron hacia la estación para tomar el tren que debía conducirles a la frontera, a la libertad y a una vida que se les ofrecía ante ellos completamente inédita, con todas sus promesas y todas sus esperanzas.

\* \* \*

Se instalaron en París, en una habitación diminuta, en un barrio extremo, en lo más alto de un edificio enorme ocupado enteramente por obreros.

Carlos trabajaba de peón en la construcción de un puente y ganaba un jornal que les permitía vivir, con muchas restricciones, pero con la tranquilidad de no deber nada a nadie. Donde el dinero no alcanzaba llegaba el amor, y el amor suplía todo aquello que habían tenido que sacrificar de comodidad, refinamiento y elegancia.

Volvió Carlos del trabajo siempre contento, dichoso al pensar que en su casa le esperaba una mujer amante, hacendosa, buena, llena de cariño para él y de suaves atenciones maternas que muchas veces le emocionaban hasta hacerle saltar las lágrimas de júbilo.

—¿Qué me tiene preparado hoy mi mujercita? — preguntó aquella tarde,

abrazando a Magdalena y curioseando entre los pucheros—. Oh, pero tú haces milagros, chiguilla! ¡Qué comida tan rica! Vamos a comer. ¡Traigo un apetito formidable!

—¿Y qué tal en la obra?—preguntó Magdalena, mientras servía la humeante sopa.

—¡Oh, parece que las cosas se van poniendo bien para mí! Falta un ayudante del ingeniero y cuando han sabido que en Italia tenía yo terminado el cuarto año de ingeniería, me han propuesto para sustituirle. ¿Qué te parece?

—¿Y tú has aceptado el cargo?

—¡Figúrate! Representa un aumento de jornal enorme... y la consideración y el trato muy distintos... No es lo mismo ser simple peón que ayudante del ingeniero. ¿No te parece?

—¡Oh, Carlos, qué alegría, qué alegría! — exclamó Magdalena, loca de júbilo.

—¿Lo ves, mujercita? ¿No te decía yo que venceríamos a la vida, cuando nos parecía que la vida nos había hundido para siempre? ¡Si aun conseguiremos hacernos ricos!

—¿Y cuándo va a ser? ¿En seguida?

—¡Despacio... despacio! ¡Cómo corres!—rió él, comiendo con buen apetito y divirtiéndose con la alegría de su mujercita.

—Lo deseo por ti. Ya ves que yo soy

feliz con todo... Pero sufro por ti, al verte trabajar en un ambiente que no es el tuyo, trabajar hasta quedar rendido por la fatiga de un trabajo que no es para ti. ¡Esta vida se me hace a veces insufrible al pensar en todo lo que has tenido que sacrificar por culpa mía!

—¡Oh, no digas tonterías! No es sacrificio lo que se hace por amor. Yo estoy contento de este cambio de trabajo, por ti... y por mamá también... Cuando lo sepa se alegrará... ¡Pobre mamá, a ella sí que la he hecho sufrir con mi decisión! Pero no había más remedio...

Pocas semanas más tarde Carlos trabajaba ya como ayudante del ingeniero y era él el que daba las instrucciones directamente a los obreros indicándoles cómo y dónde tenían que colocar las piedras y el espesor que debía darse a cada muro.

Pronto el señor Bianchi, como le llamaban todos, fué popular entre los obreros, porque Carlos los sabía tratar y todos tenían en él una confianza mezclada a un gran respeto.

—Señor Bianchi, ¿a qué medida debemos extender este muro?

—Señor Bianchi, acaban de llegar los nuevos materiales.

—Señor Bianchi, éste es el segundo muro de contención, ¿qué espesor debe tener?

—Señor Bianchi, señor Bianchi...



Era esta frase la que a todas horas se escuchaba entre los obreros, y él asuñía a todos con la misma benevolencia y a todos les daba las instrucciones necesarias para que el trabajo fuera perfecto.

—Señor Bianchi, ¿quiere venir a ver ese andamio?

—Sí, vamos.

Carlos fué a ver el andamio. Estaba muy alto y tenía que encaramarse hasta él para convencerse de que todo estaba bien y de que los obreros podrían trabajar desde él sin peligro alguno. Subió hasta lo más alto y desde allí fué dando las instrucciones:

—Un poco más alto... así... Ahora hacia la izquierda, ladeando ligeramente, porque de lo contrario no se podría alcanzar la piedra... Eso es... creo que si lo levantarán un poco más de...

No terminó la frase, que se perdió en un grito ahogado de todos los presentes. Carlos había dado un paso en falso en el andamio y su cuerpo cayó en el vacío yendo a estrellarse contra las piedras de los cimientos.

Lo trasladaron rápidamente al hospital y uno de sus compañeros fué a avisar a Magdalena que, al oír llamar a la puerta, se compuso lo mejor que pudo creyendo que era su marido el que llegaba.

Se quedó desconcertada al ver ante ella a un desconocido:

—¿Qué desea? — le preguntó con

voz un poco temblorosa, presa de un extraño presentimiento.

—Perdone, señora, soy un compañero de trabajo de su marido.

—¿Le ha ocurrido algo malo?

—Un accidente... no es nada grave... El señor Bianchi ha resultado herido...

—dijo el pobre hombre que no sabía cómo dar la noticia.

—¿Herido? ¿Y cómo no lo han traído a casa?... ¿Dónde está?

—En el hospital, señora... ¿Quiere venir conmigo a verle?

—¡En el hospital! ¡Dios mío! ¿Pero es grave lo que ha ocurrido? ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Carlos... Carlos!

Desoladamente, alocada por la noticia, corrió Magdalena al hospital, pero ya no logró ver vivo a Carlos; el golpe había sido fatal y le había ocasionado la muerte casi instantáneamente.

Una monjita de San Vicente de Paúl le entregó un paquete.

—Ha dejado esto para usted — le dijo, conmovida ante el dolor silencioso de aquella pobre criatura que se quedaba sola, infinitamente sola y desamparada en la vida y que perdía, con Carlos, todo cuanto a la vida pudiera ligarla.

Cuando la noticia llegó a Venecia, los tres amigos de Alejandro, aquellos tres solterones empedernidos que iban siempre juntos y que juntos vagaban como espíritus que no supieran dónde

ponerse, corrieron a casa de su amigo para acompañarle en su dolor.

Les recibió Alejandro, hundido en su pena, anonadado por la pérdida de aquel hijo único en el que un día había cifrado todas sus esperanzas y que había querido ir a morir trágicamente lejos de sus padres, abandonándolos por seguir el amor de una mujer...

—¡Es asombroso! Nos parece mentira que eso haya podido suceder—decía Guillermo, mirando con pena a su amigo y no hallando las palabras justas que pudieran, si no consolarle, por lo menos confortarle con un calor de amistad.

—Yo no puedo convencerme todavía de que eso sea cierto—añadió Genara, que estaba visiblemente emocionado por la pena que afligía al pobre padre.

—¡Es injusto!—murmuró Alejandro haciendo un esfuerzo por hablar, porque las lágrimas le ahogaban y él, como hombre, quería vencerlas—. Los hijos no deberían morir antes que los padres. ¡Es como si a un árbol lo desgajaran hasta la raíz! ¡Es un dolor demasiado grande para sufrirlo sin protestas!

Los tres amigos calláronse. Era, en verdad, demasiado grande aquel dolor para que pudieran decir nada para consolarlo. El silencio era el mejor bien que podían hacer a aquel desdichado

padre que se hundía en su pena y que no sabía salir de ella.

Sólo pasado un buen espacio de tiempo, Anselmo, mirando en torno suyo, dijo, para romper aquel silencio que pesaba tanto como la losa del sepulcro:

—Todo sigue como cuando él estaba aquí. Nada ha cambiado.

—No. ¡Todo está igual! Adelaida no quiso tocar nada cuando el chico se marchó. Decía que iba a volver de un momento a otro y que quería que todo lo hallara igual... Y ahora que sabe que no puede volver más... tampoco ha querido tocarlo. Es su único consuelo... un consuelo que desgarró su corazón... pero el único que le queda a la pobre.

—Quisiéramos saludarla... para mostrarle que estamos muy unidos a la pena que hoy nos aflige.

—Vive siempre en su saloncillo. Pero venid, venid conmigo. Le hará bien ver que os acordáis de nosotros en estos momentos tan amargos.

Entraron en el salón de doña Adelaida donde ésta se encontraba recostada en un sillón, sumida en sus pensamientos lúgubres, sin gana de nada, deseando morir para no sufrir como estaba sufriendo.

—Aquí están estos amigos que quieren saludarte—dijo Alejandro, entrando con sus tres compañeros.

Adelaida rompió a llorar, y los tres solterones, impotentes ante aquel des-

bordamiento de dolor, no supieron más que balbucir unas palabras y, después de estrechar la mano de la desdichada madre, se despidieron.

—¡Adiós, amigos, acordaos alguna vez de nosotros! ¡Ya veis lo solos que nos hemos quedado!—les dijo Alejandro.

—Vendremos siempre que nos sea posible. Pero no te molestes. Rosa nos acompañará...

Salieron los tres en compañía de la doncella, pizpireta y coqueta que despertaba en los tres hombres ideas de juventud y de tiempos que habían pasado para ellos y en los que ya no podían soñar.

—Cúbrase ustedes, que hay humedad—les dijo, antes de abrir la puerta.

Las vejetas sonrieron:

—Aún no tenemos edad para temer a las humedades...

—Sí, pero dice el refrán que "quien quita la ocasión..." Esta llave no funciona bien... no puedo abrir la puerta—murmuró Rosa, forcejeando en la cerradura.

—Yo te ayudaré—replicó Anselmo, cogiendo la mano de la doncellita.

—Vamos, vamos... deja sola a la chica, que entre dos aún va a ser peor...

—Buenas noches, Rosa.

—Buenas noches, Rosita.

—¡Adiós, prenda!

—Vamos, viejo, vamos—gruñó Anselmo, dando un empujón a Genaro,

que había sido el más atrevido en la despedida.

—Ocupate de tus cosas—replicó éste dando un traspié antes de subir a la góndola que les estaba esperando a la puerta.

—No me disgustaría ni poco ni mucho ver cómo te das un baño—rió Anselmo, subiendo tras él.

Rosa entró la puerta de nuevo y oyó el rumor de los remos chapoteando en el agua hasta perderse en la lejanía.

Pero aún no había tenido tiempo de subir la escalera, cuando llamaron de nuevo a la puerta.

—Ese debe ser Guillermo, que siempre olvida alguna cosa—dijo Alejandro a su esposa, que se había sobresaltado al escuchar la llamada, con ese extraño sobresalto que queda siempre en el corazón cuando desaparece de la vida un ser amado y que es como si su presencia estuviera en torno de los que quedan, haciéndola vibrar en cada ruido o en cada suspiro del aire.

Rosa retrocedió sobre sus pasos y abrió la puerta, lanzando una exclamación de dolorosa sorpresa:

—¡Virgen María! ¡La señorita Magdalena!

—Sí, Rosa, soy yo. ¿Están los señores?—murmuró Magdalena, que venía cubierta con su traje de viuda, pálido el rostro enmarcado por la capota negra que hacía resaltar aún más la



blancura de magnolia de sus mejillas.

—¿Ha venido a hablar con mis señores? ¡Jesús, Jesús! Pase, pase... ¡Madre Santísima! ¡La señorita Magdalena!

La dejó en el recibimiento y ella entró en el salón para anunciar aquella visita intempestiva.

—¿Quién era? —preguntó don Alejandro a la doncella.

—Era... es... la señorita Magdalena.

—¿Quién? —repitió Alejandro, como si no hubiera entendido bien.

—La señorita Magdalena—volvió a decir Rosa.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con ustedes.

Don Alejandro miró a su mujer, que no había levantado los ojos, y, tras un leve titubeo, dijo:

—Dile que pase.

Adelaida se puso en pie rápidamente.

—¿Dónde vas? —preguntó su marido, estrafado del gesto.

—A mi habitación... No pretendería que yo reciba a esa... No, no quiero verla... no quiero verla.

Salió sollozando y pocos momentos después Magdalena apareció ante don Alejandro. Su figurita esbelta, adelgazada hasta lo inverosímil en aquellas semanas de luto y de dolor, se quedó como una estatua clavada en el umbral de la puerta. Sus ojos grandes, dulces,

tristes, en los que el dolor había marcado hondas y amoratadas ojeras, miraron con una larga mirada en torno suyo y su boca pálida no pudo sonreír, como había sonreído siempre, con su sonrisa bondadosa y dulce que abría todos los corazones.

—Puede pasar adelante —dijo don Alejandro, mirando a aquella mujer bellísima que parecía la imagen del dolor—. Siéntese.

Magdalena avanzó en silencio y se sentó. Su amplia falda formaba en torno a la silla un gran círculo, como envolviéndola en su negrura, como amparándola contra la hostilidad que sentía ante sí.

—No sabe lo que siento encontrarme aquí... en su casa... donde él me conoció—comenzó a decir.

—... y donde debía haber muerto—concluyó don Alejandro con amargura.

—El destino no lo quise así.

—¡El destino! ¡Ah, el destino! Ustedes, los jóvenes, cuando las cosas no van como ustedes quieren, se rebelan, ¿verdad? ¡Y después, si sucede lo irremediable, lo achacan al destino! ¡Así es la juventud! Antes de dejar que el destino obra, debemos ser nosotros los que hemos de imponernos... ¿Acaso la vida que él tuvo que llevar allí... fué el destino quien lo quiso? ¿Y el dolor de la madre, cuando recibió la noticia? ¿Y nuestra desesperación por no haberle podido ver antes de que lo enterra-

ran? ¿Fué el destino quien quiso todo esto... o usted, que nos lo arrancó de nuestros brazos?

Magdalena se cubrió el rostro con las manos y lloró en silencio. Comprendía el dolor desesperado de aquel pobre padre; pero también tenía derecho a que comprendiera el suyo, que no era menor.

—¡Ah! Dejémoslo, dejémoslo, no habiemos de ello, será mejor—murmuró Alejandro.

Pero Magdalena, desilusionada por aquel recibimiento, abatida, aniquilada por el mazazo que la suerte le había dado, se levantó disponiéndose a marchar, no sabía dónde, pero sabía que en aquella casa no había lugar para ella.

Alejandro la miró un momento, la vió frágil, pálida, triste, surgiendo su rostro delicado de aquella nube negra formada por sus vestidas y sus tocas de viuda, y sintió que una intensa compasión se apoderaba de su ánimo. Pensó en su hijo y pensó en cómo él hubiera amparado a aquella criatura por la que había abandonado a sus padres, por la que había encontrado la muerte... ¡tanto la había amado! Y pensó que él, por su hijo, en su memoria, no debía tampoco abandonar a la desdichada cuya única culpa fué el amar demasiado.

—¿Dónde va usted?—le preguntó, deteniéndola con el sonido de su voz.

—No sé — contestó Magdalena mirándole con aquellas ojos en los que la tristeza ponía sombras de misterio y de belleza infinita—. ¡No lo sé!... ¡A cualquier parte!

—Pero ¿dónde va a ir ahora? ¿No ve que ya es de noche? Espere... ¡Rosa! —llamó.

—¿Qué manda usted?—preguntó la doncella apareciendo súbitamente.

—Prepara una habitación.

—¿Para quién?...

—Para... para mi nuera — replicó Alejandro, titubeando un instante antes de dar el difícil nombre a aquella mujer.

Magdalena lanzó un sollozo y fué a abrazar al padre de su marido. Este la retuvo un momento en sus brazos, y con suavidad le dijo, emocionado, pensando siempre en su hijo, en aquel hijo suyo que había amado a esta mujer que hoy venía a buscar amparo a su lado:

—Vaya, vaya a descansar... Mañana, a la luz del sol, hablaremos de todo... Acaso ventemos las cosas más claras...

Así se quedó a vivir en casa de los padres de Carlos la desdichada muchacha que la vida había herido por segunda vez, arrebatando de su lado, de un modo violento, a la única persona que de veras la había amado.

\* \* \*

Había salido Rosa a la compra, impresionada aún por los acontecimientos de la noche pasada, cuando vió a lo lejos a la criada de casa de doña Clementina, y la llamó a voces:

—¡Cata! ¡Catalina!

—¿Qué sucede?

—Ven aquí, ven aquí pronto, que tengo grandes cosas que decirte.

—¿Pero qué es lo que pasa?—gritó Catalina que llevaba prisa y no tenía ganas de palique en aquel momento.

—Te digo que vengas, mujer, pronto, pronto...

—¿Pero qué pasa? ¿A qué vienen todas esas prisas y ese misterio?—preguntó Catalina acercándose a Rosa.

—¡Ay, Cata, están pasando grandes cosas! Esta noche nos ha llegado a casa la señorita Magdalena.

—¿Cuándo?—inquirió Catalina con el máximo asombro pintado en sus ojos.

—Anoche... si te lo estoy diciendo...

—¡Ave María Purísima! ¿Y está en casa del señor Bianchi?

—Sí, sí, está en casa... Es preciso que tú vayas a avisar en seguida a doña Clementina... Y dile que venga inmediatamente, que don Alejandro quiere hablar con ella. Es preciso que se lo digas tú... ¿oyes? Porque si no se va a armar un escándalo por toda la vecindad que nos va a matar a todos.

Vamos, date prisa y ve a decírselo a tu ama.

—Pero oye... ¿se va a quedar en casa?—inquirió Catalina, despierta ya su curiosidad por el noticia que Rosa le acababa de dar.

—¿Cómo quieres que lo sepa, si aún no he podido averiguar nada?

—¿Pero qué dicen los señores?

—No sé... Los viejos se han encerrado en la habitación y hace dos horas que discuten. ¡Pero no he podido oír ni una palabra! ¡Y eso que tengo el oído fino!

Catalina, acercándose más a Rosa y bajando la voz en tono misterioso, le preguntó:

—¿Y cómo está ella?

—¿Quién?

—¡Quién ha de ser! ¡La chica!—replicó Catalina, que siempre había sentido gran simpatía por la desgraciada señorita Magdalena.

—¡Qué me importa a mí la chica!—replicó Rosa.—Vamos, vete a avisar a tu señora, pero pronto, pronto, que es el único encargo que me ha dado don Alejandro.

Mientras las dos sirvientas charlaban así, Alejandro hablaba con su mujer del mismo tema, pero en tono bien distinto. En vano se había esforzado en persuadir a su esposa de que tenían la obligación moral de amparar a aquella criatura a la que su hijo había escogido entre todas. Adolaida se encerraba





—El trabajo la distraerá un poquito.



Se formaron las parejas.



—¡Yo te amo a ti, solamente a ti!



—¿Y vos a resignarte así... sin luchar?



—No tengas miedo. Ten confianza en mí.



—Lo he pensado muchísimo, Magdalena.





—Era... es... la señorita Magdalena.



—Razona, mujer, razona.



—¡Qué alegría tengo de volverles a ver!



—¡Oh! ¡Qué galantes vienen hoy mis tres viejos!



— ¿Estás ofendido por lo de tus amigos?



— La gente habla por lo que ve...





—Has sido una hipócrita!



...tomada ya su resolución definitiva.



—Quizás algún día comprenderás todo  
lo que ha pasado por mi vida...



—...y es una buena esposa, hija mía!

en su dolor y no dejaba doblegar su voluntad por sentimentalismos que a ella no la afectaban.

—¡No quiero verla! ¡No quiero saber nada de ella!—porfiaba una y otra vez.—¿No le bastó con robarme a mi hijo, con apartarlo de mi lado para siempre... que ha tenido que venir aquí a llevarse lo poco que me queda todavía de él...?

—No, no, Adelaida, no es eso, Razona, mujer, razona...—suplicaba Alejandro paseando por la habitación muy nervioso y excitado.

—¡Quiero que me dejéis todas en paz! ¡Que nadie me diga nada! ¡Que pueda yo estar sola con mis recuerdos y con mis pensamientos!

—Bueno, mujer, se te dejará en paz; pero razona y ayúdame a decidir...

—¿Qué quieres que decida? ¡Ya te he dicho que no quiero verla! Ha venido sólo para gozarse en mi desesperación... ¡Debías haberle dicho todo lo que hemos sufrido!...

—Ya se lo he dicho, mujer... ¡Pero es que ella también sufre! Te aseguro que anoche me dió mucha pena... ¡Si la hubieras visto llorar! No podía ponerla de patitas en la calle.

—Es lo que debías haber hecho.

—Nunca he sido grosero con nadie. ¿Cómo lo iba a ser con... con la mujer de nuestro hijo?—murmuró Alejandro dominando su emoción.

—¡Antes no hubieras hablado así!

—Porque antes era otra cosa. Antes no era más que la mujer que había arrancado a nuestro hijo de esta casa... que se lo había llevado lejos... que lo había apartado de nuestro lado...

—¡Tan lejos se lo llevó que no volverá nunca más!—sollozó la madre, dominada por su dolor, vencida por la pena que llevaba clavada en mitad del corazón y que nada podía aliviar.

Alejandro calló un momento, impresionado por el dolor de su mujer. También él sufría, pero su sufrimiento había tomado una forma más suave, menos encerrada en sí mismo, más comprensiva. Sin embargo, comprendiendo lo que Adelaida sufría, le dijo con ternura:

—Perdona, mujer, lo he dicho solamente para explicarte... que ahora todo es distinto... ahora ya no es la mujer que nos robó a nuestro hijo... es... la viuda de nuestro hijo y es Carlos, el mismo Carlos quien le dijo que viniera aquí. De suerte que no podemos discutir...

Adelaida calló, vencida por el razonamiento de su marido, pero no dió su asentimiento a que Magdalena se quedara en casa. Si se quedaba prefería no enterarse. Ya que su marido lo disponía así, que así fuera... ¡pero ella no recibiría nunca a aquella mujer, nunca, nunca!

Entretanto, doña Clementina, informada de la noticia por su criada, salió



a la calle dispuesta a armar un motín hasta conseguir que lo que ella consideraba una inmoralidad se desvaneciera y aquella "perdida", como ella la llamaba, volviera a encontrarse en la calle sin apoyo de nadie, como merecía por su conducta.

—Don Anselmo, don Anselmo! — llamó, viendo pasar a uno de los tres solterones amigos íntimos de don Alejandro.

—¡Oh, mi querida doña Clementina! ¡Cuánto gusto en saludarla tan temprano! —replicó Anselmo, muy satisfecho de la gran distinción que le prestaba la viuda.

—Venga, venga pronto, haga el favor. Tengo que comunicarle algo...

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? —preguntó Anselmo alarmado por el tono en que doña Clementina había pronunciado aquellas palabras.

—¡Oh, por Dios, venga de prisa, pronto, que no hay tiempo que perder! —apremiaba la víbora que quería hincar pronto el diente en su víctima.

—Me alarma usted, señora... Voy corriendo.

Anselmo apresuró el paso y llegó hasta la casa de doña Clementina, casi sin alientos.

—Se lo diré a usted. Vamos, quite-se el abrigo.

—Creo que para escuchar puedo quedarme así. ¿Sabe usted que me asusta

su mirada y que me inquieta esa noticia que me tiene que dar?

—¡Ah! Más se asustará cuando la sepa. ¿Dónde están los otros dos? —preguntó doña Clementina, que quería dar el golpe bien dado y no se contentaba con un solo auditor.

—¿Quién?

—Sus amigos... Guillermo y Genaro, hombre...

—¿Dónde quiere que estén a estas horas? ¡En su casa, tranquilamente!

—Bien, pues necesito verles a los tres.

—¿No puedo usted decirme a mí lo que sucede... y yo se lo comunicaré a ellos en cuanto los vea?

—No, no, Anselmo, es demasiado grave. Necesito contarlo yo misma... y a los tres a un tiempo.

—¡Válgame Dios, y qué cosas me suceden tan temprano! ¡Si apenas acabo de salir de la cama! ¡Ay, Dios mío, cuántos acontecimientos en poco rato!

—suspiró Anselmo, que gustaba de la vida tranquila y sosegada y al que cualquier cosa que salía de la rutina diaria le enervaba y le ponía los pelos de punta.

—Menos suspiros y vamos andando. En casa de Genaro les hablaré a ustedes del caso.

Fueron a casa de Genaro y allí, reunidos los tres hombres, doña Clementina pudo despachar a su gusto contando cómo Magdalena, inopinadamente,

había llegado de noche, protegida por las tinieblas, como lo que era, como una mala mujer, a casa de don Alejandro, y como éste, de modo incomprensible, había admitido en su hogar a una mujer que debía... (no terminó la frase, porque le pareció que dejándola en suspenso daba más fuerza a su razonamiento).

Los tres solterones escucharon perplejos el relato, mirándose unos a otros con diversas expresiones, extrañados de lo que sucedía y de que fuera a ellos precisamente a quienes Clementina contara toda la historia, como si buscara en ellos ayuda y protección.

—Bien... pero nosotros, ¿qué tenemos que ver en todo ese asunto?—se atrevió a aventurar Anselmo en un momento en que Clementina calló para tomar un poco de respiro.

—¿Que qué tienen que ver! ¡Y usted me lo pregunta! ¿No son ustedes los mejores amigos de Alejandro?

—Sí, siempre lo hemos creído así.

—Pues ustedes deben decirle a Alejandro que es una inmundicia inconcebible lo que está haciendo...

—¿Pero doña Clementina! ¿Por qué no prueba usted a decirsele directamente? ¿Es una misión muy delicada esa que quiere confiarnos!—murmuró Anselmo.

—La idea me parece magnífica—corroboró Genaro, que era tímido por na-

turaliza y al que toda violencia usaba.

—Mis amigos tienen razón. La persona más indicada para esto es usted, doña Clementina—arguyó, a su vez, Guillermo, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—¿Yo?...

—Sí, sí, usted, claro está.

—¿Pero si yo soy la ofendida!

—Razón de más para que sea usted la que se defienda.

—¡No olviden que esa mala mujer le robó el novio a mi hija! ¡Mejor dicho, el marido!

—Dé usted gracias a Dios, doña Clementina, porque de lo contrario su hija, a estas horas, estaría viuda—murmuró Genaro, que siempre encontraba la frase inoportuna.

—¡Oh, no, con mi Gemma no, hubiera muerto ese muchacho!

—No sé, porque... La muerte de cada uno de nosotros está señalada de antemano... y Carlos hubiera muerto por cualquier otra causa, pero hubiera muerto también...

—Bueno, no hemos venido ahora a hablar de esto. Hemos venido a discutir si querían ustedes decirle a Alejandro lo que deben decirle... Que él y su mujer son dos atontados que han tenido el valor de recibir en su casa a esa mala pécora...

—La verdad, doña Clementina, el encarguito que nos hace es algo penoso

—murmuró Anselmo, moviendo la cabeza con preocupación.

—Díganlo ustedes con entera franqueza: ¿lo que les pasa es que no tienen valor de hablar!

—No, no, no es que nos falte valor... Es que se trata de un asunto tan delicado que... es preciso encontrar un pretexto para empezar... para entrar en materia...

—Eso es... ahí está el busill... ¡un pretexto! ¿Y quién nos lo da?—preguntó Genaro con gran preocupación.

—¿Si tienen millares de pretextos!—murmuró doña Clementina con el máximo desprecio hacia aquellas tres seras a los que estimaba desdenables.

—¿Millares de pretextos? ¡A mí me bastaría con encontrar uno tan sólo!—exclamó Anselmo, que no estaba menos preocupado que sus compañeros.

—¡Ya! Es que ustedes no ven el escándalo que todo esto representa. ¿Verdad que no? Pues bien, yo estoy dispuesta a todo. Iremos a la parroquia... y veremos lo que dicen. Iremos al gobernador... y veremos lo que dice. Iremos...

—No, no, iremos nosotros, señora, iremos nosotros a hablar con Alejandro... porque de lo contrario estoy viendo que nos lleva derechos a Roma a ver al Papa—interrumpió Anselmo, decidiéndose ante el empuje de aquella señora a la que conocían demasiado

para no saber que era muy capaz de hacer todo lo que decía.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Hablarán ustedes?

—Sí, sí, hablaremos — afirmó Guillermo.

—Hablarémos—aseguró Anselmo, sin gran convicción.

Y como Genaro continuara en su matismo, doña Clementina se volvió a él prestamente y le preguntó:

—¿Y usted, qué opina usted, don Genaro?

—Yo... yo soy forastero... y no creo que deba... Me mantendré neutral y todo lo más será un apoyo para mis dos amigos.

—Bueno — añadió resignadamente Anselmo — Genaro apoyará y nosotros hablaremos.

—Pero hay que decir las cosas claras y concretas—indicó doña Clementina con tono severo.

—¡Claro y concreto... no se nos olvidará! — suspiró Anselmo al que la misión no hacía ni tanto así de gracia y que la había aceptado únicamente por miedo a que doña Clementina llegara a extremos más violentos.

\*\*\*



Habían tenido que llamar al médico para que asistiera a doña Adelaida, quien, con todas las emociones y disgustos sufridos, estaba con un abatimiento físico que debía combatirse antes de que tomara más graves caracteres.

El doctor Nardi, más que médico, amigo de la familia, acudió a la llamada y saludó a sus viejos amigos con el respeto que su dolor merecía, visitando a la enferma seguidamente y no encontrando en ella más que el natural desgaste de un choque fuerte recibido inopinadamente, sin preparación alguna, como una puñalada traidora que hubiera ido a clavarle directamente en el corazón.

Magdalena entró en el cuarto de doña Adelaida cuando ya el médico iba a salir de él, y Alejandro presentó:

—El doctor Nardi... la viuda de mi hijo...

—Todos mis respetos, señora—dijo el médico inclinándose profundamente ante aquella criatura que le pareció de una belleza perfecta y armoniosa.

Alejandro iba a salir con el doctor Nardi, pero Adelaida, en tono ansioso, no queriendo quedar a solas con la joven, dijo a su marido:

—¡No te vayas... te lo ruego!—y en su voz, más que ruego había amenaza.

—Si vuelvo en seguida, querida. Sólo lo acompaño al doctor hasta la farmacia para traerle lo que ha recetado...

Adelaida se mordió los labios con desesperación. Delante del médico no podía hacer una escena conyugal, pero detestaba quedarse sola con aquella mujer a la que odiaba con todo el rencor de su alma de madre.

Magdalena, humildemente, con suavidad, se acercó a ella y le preguntó en voz baja y tímida:

—¿Puedo sentarme a su lado?

Adelaida no contestó, pero la muchacha se sentó junto a ella y le dio una larga mirada en que se reflejaba toda la bondad de su corazón sufriente.

—¡Si supiera cómo me conforta estar a su lado!—suspiró—. Vengo... en nombre de él, de Carlos... Vengo a llorar por el mismo dolor que la hace llorar a usted... y estoy segura de que ese mismo dolor nos unirá. Las dos sufrimos por la misma causa...

Adelaida hizo un gesto vago, como si quisiera atajar aquella conversación, como si las palabras de Magdalena, en lugar de serle un lenitivo, fueran aspides que se hincaran en su pecho.

Magdalena comprendió lo que aquel gesto quería decir, y con los ojos arrasados en llanto, siguió hablando, porque quería llegar al corazón de la madre de Carlos para no sentirse tan sola en la vida. ¡Era su madre!... Y ella, por ser la madre del hombre al que había amado con toda la fuerza de su alma de mujer, la amaba también, ¿Cómo podría hacérselo comprender? ¿Cómo



conseguiría abrir aquel corazón que se le presentaba hermético y hostil?

—Ya sé que usted me guarda rencor. Pero nos amábamos... ¿comprende? El amor salta todas las barreras y vence todos los obstáculos. Por eso nos marchamos... y una desgracia que nadie pudo prever ha hecho irreparable una separación que debía ser únicamente temporal...

—¡Temporal! — exclamó Adelaida mordiendo la palabra.

—Sí, señora, temporal... hasta que él hubiera ganado lo suficiente para volver ante sus padres con la frente alta... Pero Dios no lo ha querido así... y he tenido que venir yo, yo sola... ¡y en qué circunstancias, Santo Dios!... Pero yo me encomiendo a Carlos y él me ayudará... Nuestro Carlos ha de unir nuestros corazones forzosamente. Yo le hablaré de él constantemente, y, hablándole de él, tendrá usted que pensar un poco en mí... que también le he amado mucho, mucho... ¡Carlos!... ¡Si supiera usted cómo él amaba a su madre! La llevaba siempre en la mente y era su único tormento y su única angustia. Cuando decía "mi madre", le brillaban los ojos de felicidad y la vez le temblaba un poco, como a un niño. ¡Para él no había mujer mejor en la tierra que su madre!

—¿Pensaba en mí... siempre?—preguntó Adelaida conmovida por las palabras de Magdalena que sabían carr

lentamente sobre su corazón como una lluvia benéfica.

—¡Siempre! La recordaba con infinita ternura y trabajaba con afán para conseguir volver pronto a su lado... Y en los últimos instantes... ¡el supiera cuántas veces la nombró!

El rostro de la madre se ensombreció de nuevo al recuerdo de la muerte de aquel hijo que había sido toda su vida.

—¡Tú estabas a su lado... y yo no! —murmuró secamente, con un reproche que Magdalena no merecía.

—¡Mamá! — susurró ésta dulcemente.

—¡No me llames mamá! ¡No quiero que me llames así! ¡Yo ya no tengo ningún hijo!

—Por ser la madre de Carlos la he considerado a usted siempre como mi madre... aunque usted no me quiera... ¡Si supiera cuántas ilusiones nos haríamos para el día en que ustedes nos hubieran perdonado! Era nuestra conversación favorita. Pensábamos en ese día como en el de nuestra verdadera felicidad. Éramos dichosos con nuestro amor, es cierto; pero algo faltaba a nuestra dicha para que fuera completa, y ese algo era su perdón.

—¡Ahora no podré perdonarte jamás!—dijo Adelaida con tono duro y despiadado, sin compasión por el sufrimiento de la desdichada criatura que

buscaba amparo y no hallaba más que desprecio.

—¡Si supiera qué pena me da! — murmuró Magdalena con la voz húmeda de lágrimas.

—¡No debías haber venido a esta casa! ¡Me lo has robado todo, todo, al robarme a mi hijo!

—En cambio yo venía con el ánimo de traerle a usted todo lo que me queda de él.

—Si hubiera muerto entre mis brazos quisiera ser yo sola a recordarle. Todo el que se interpuso entre él y yo es para mí un enemigo...

—Sin embargo, él, en sus últimos momentos, escribió esto para usted... — dijo Magdalena tendiéndole una carta escrita con el pulso temblón, con la letra torcida, con la inseguridad de un moribundo que da sus últimas instrucciones en el supremo momento de abandonar para siempre la vida.

Adelaida tomó el pliego y leyó. Las lágrimas no le dejaban ver claramente. Pero con un esfuerzo de su voluntad las iba venciendo y leía y releía lo que su hijo le había escrito desde su lecho de muerte.

Era una breve carta en la que recomendaba a Magdalena. Les decía a sus padres que la amparasen, que era su hija, que era el único legado que podía hacerles, que era buena y merecía el cariño de los suyos. "No la abandonéis nunca—aplicaba—. Es mi es-

posa y os la dejo como mi mejor tesoro".

Hubo una emocionante pausa. La madre se desahogó en llanto y, cuando pudo hablar, murmuró, vencida por la súplica del hijo:

—Está bien... ¡Quédate!

Magdalena rompió a llorar de agradecimiento y emoción. ¡Al fin encontraba una casa, un hogar, el cariño de unos padres, y un templo en el que venerar el recuerdo de Carlos, ya que toda la casa estaba impregnada de él!

Los tres amigos, los tres inseparables, los tres emisarios de doña Clementina, llegaban en aquel momento a la casa de su amigo Alejandro y Rosa salió a abrirles la puerta haciéndoles pasar al recibimiento:

—Pasen... pasen ustedes... el señor ha salido un momento a la farmacia, pero volverá en seguida.

—Bien... le esperearemos.

—¡No tenemos ninguna prisa!

—Nos vendrá bien para descansar un poquito.

Rosa miró con cautela a todas partes para cerciorarse de que nadie la escuchaba, y haciendo la voz, dijo a los tres amigos:

—Supongo que ya sabrán la novedad...

—Sí, sí, ya nos han dicho...

—Precisamente estamos aquí por eso.

—Este asunto nos ha hecho hoy madrugar.

—¿Y qué es lo que va a suceder ahora? —inquirió Rosa mirándoles a los tres con asombro.

—No creo que eso te interese a ti, Rosa... Vamos, vamos al saloncito a esperar a Alejandro.

—Sí, sí, pasen ustedes. ¿Les sirvo una taza de café?

—No, Rosa, gracias.

Los tres hombres se quedaron solos y se miraron unos a otros perplejos. ¿Qué era lo que venían a hacer? ¿Quién hablaría primero del asunto a Alejandro? ¿Qué le podrían decir? Y ¿cómo enfrentarían cuestión tan delicada?

Genaro carraspeó levemente y los otros dos se volvieron a él rápidos.

—¿Qué decías?

—Yo... nada...

—¡Ah, tú nunca dices nada! ¿Jamás se te ocurrirá alguna idea de tu propiedad particular? —preguntó Anselmo que estaba muy nervioso.

Magdalena entró en aquel momento en el salón y lanzó una exclamación de agradable sorpresa:

—¡Oh, ustedes aquí! ¡Qué alegría!... Don Guillermo, don Anselmo y don Genaro... ¿Cómo están ustedes?

Los tres hombres se habían puesto en pie y estrechado la mano de Magdalena que se les había tendido en un gesto cordial y simpático.

—¡Magdalena!

—¡Señora!

—¡A sus pies!

—¿Qué alegría tengo de volverles a ver! ¡Me hacía tanta falta encontrar caras amigas! En París, sin conocer a nadie, ¡soñaba tantas veces con los amigos de aquí! Y bien, ¿qué ocurre por nuestros barrios?—preguntó, mirándoles a cada uno de ellos, un poco desconcertada por el mutismo que guardaban y por la extraña expresión de sus rostros.

—Sucede que... —comenzó a decir Anselmo. Pero se calló en seco, porque no tuvo palabras que le ayudaran a seguir hablando.

—Diga... diga... Me inquieta...

—No, no, pero si no es nada. ¿Verdad que no sucede nada de particular, eh?—preguntó Anselmo a sus amigos, suplicándoles ayuda en aquel grave trance con una mirada desolada.

—No, no, nada...—aseguró Guillermo.

Y hasta Genaro se aventuró a confirmar:

—Nada, nada.

—Nosotros no sabemos nada... Nadie nos ha dicho nada... Tanto que, en fin, es lógico que usted haya vuelto, ¿verdad?

—¡Muy lógico!

—¡Claro!

Los tres estaban de acuerdo, y Magdalena les miraba un poco divertida, porque le parecía adivinar toda la chisnografía que había tras aquellas tres



ceras y tras aquellas palabras vagas que, sin decir nada, significaban mucho.

—Confieso que me tenían un poco asustada—sonrió Magdalena con aquella su dulcísima sonrisa que cautivaba todos los corazones.

—¡Oh! ¿Por tan poca cosa?... ¡Da gusto volverse a ver después de tanto tiempo! Venga, venga usted aquí, siéntese junto a nosotros y charlaremos un rato, como antaño—dijo Anselmo, roto ya el hielo del primer momento, cautivado por el encanto que emanaba de aquella chiquilla dulce y buena.

—¡Ah, don Anselmo, cuántas cosas han pasado!

—No hay que pensar en lo pasado... cuando lo pasado sólo puede traer recuerdos tristes.

—Ea verdad. Digamos... ¿y su casa, tan bonita como siempre?

—Más bonita que nunca — afirmó Anselmo, que estaba orgulloso de su casita.

—¿Y aquella ventana llena de flores, sigue siendo la más florida del barrio?

—¡Cómo del barrio! ¡De todo Venecia! — aseguró Anselmo, ofendido de que se le concediera tan poca importancia a la ventana que él cuidaba con mimo y vanidad.

—¿Y el violín... lo sigue tocando?— continuó preguntando Magdalena, que se acordaba de todo.

—¡Desgraciadamente! — gruñó Guillermo.

—¡Aquí está nuestro cascarrabias, con sus bigotazos de tirano!—rió Magdalena, embromando a Guillermo—. Pero, aunque cascarrabias, es el mejor de los tres. ¿Y usted, don Genaro, ha aprendido ya a hablar el veneciano?

—¡Sí, ya lo creo! ¡He hecho grandes progresos! "Ostrega"—dijo Genaro, con un acento deplorable.

—¿Le ha oído usted? ¡Pues éste es todo su vocabulario! En cuanto ha dicho "ostrega"... ¡se acabó su repertorio veneciano!

Reían los cuatro, olvidados de sus penas, embromándose inocentemente unos a otros por sus pequeñas manías o sus insignificantes vicios, pero Magdalena volvió al pasado nuevamente:

—¡Si supieran cuánto les hemos recordado! Conseguían ponernos alegres, hasta desde lejos... Cuando nos entraba la nostalgia de la patria, charlábamos de ustedes Carlos y yo y nos reíamos como dos chiquillas dichosas...

Se le habían llenado los ojos de lágrimas al recuerdo de su esposo, y Anselmo, conmovido, le dijo:

—Vamos, vamos, no se ponga triste ahora... No hay que pensar en lo que nos hace daño...

Alejandro, que llegaba de la farmacia y entró en el salón atraído por el ruido de las voces, exclamó viendo a



sus tres viejos amigos charlando animadamente con su nuera:

—¿Pero qué estáis haciendo aquí a estas horas?

—¡Hola, Alejandro!

—Aquí estábamos...

—Buenos días... ¡jem... jem — tosó Genaro, que encontraba en la tos un gran remedio a sus turbaciones y a sus timideces.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué os ha traído aquí a estas horas?—inquirió Alejandro, que veía algo anormal en aquella visita intempestiva.

—¡Oh, nada, no pasa nada! Es natural que hayamos venido... sí... Porque verás, como por casualidad, sí, por pura casualidad, nos hemos enterado de la llegada de Magdalena... nosotros hemos querido venir a saludarla y a presentarle nuestros respetos... ¿Eh? ¿Qué tiene esto de particular? ¿Verdad que no es nada extraño?

—No, no, claro... nada... —replicó Alejandro, un poco escamado, porque no creía mucho en toda aquella farsa.— Sois muy galantes, y eso está muy bien.

—Ejem... esto... nosotros... sí, tenemos mucho que hacer y nos vamos... —dijo Anselmo sintiéndose violento.

—¿Qué decís!—preguntó Guillermo, extrañado de que su amigo no enfrentara la cuestión, tal como habían convenido con Clementina.

—Digo que tenemos mucho trabajo y

que tenemos que marcharnos, eso es lo que digo. ¡Adiós, Alejandro!

—¡Adiós... adiós...!

—Hasta la vista, Magdalena.

—¡Adiós, don Guillermo, buenos días, don Anselmo... hasta pronto, don Genaro!—saludó Magdalena a cada uno de ellos, volviendo a tenderles su mano suave y cariñosa.

Cuando hubieron salido, Alejandro dió un suspiro de alivio:

—¡Ah... que se vayan, sí, que se vayan! ¡Así nos dejan tranquilos! ¡Así podremos hablar con calma!

—Han venido a curiosear. Han sabido mi regreso y querían ver qué era lo que ocurría... No hay que ofenderse por ella. ¡Suceden tan pocas novedades en nuestro barrio, que las más insignificantes sirven de distracción! ¡Son buenos los tres! ¡Y viven tan solos!...

—Es verdad. Dime, ¿has hablado con mi mujer?

Magdalena bajó la cabeza apesadumbrada, sin atreverse a contestar.

—¡Comprendo!—suspiró Alejandro, mirando compasivamente a aquella criatura.

—Me ha dicho que me quede... Pero yo sé que no me perdonará nunca...

—El tiempo todo lo borra.

—No... ella no me perdonará... y crea que lo siento. Por eso he pensado que...

—¿Qué?—preguntó Alejandro animando a Magdalena a hablar.

—Que acaso sería mejor que me marchara...

—¿Pero dónde irás, criatura?

—No lo sé...

—No debes marcharte — murmuró Alejandro, conmovido.

—¡Había venido aquí con tanta fe! —suspiró Magdalena—. No tengo padre, me echaron de casa de mi tía, tratándome... bueno, usted la sabe tan bien como yo... El único cariño que he tenido en el mundo ha sido el de Carlos... y... al faltarme él, pensé que en sus padres hallaría de nuevo todo lo que yo había perdido: calor de hogar y de cariño, de los que estoy tan faltada... ¡Pero no es así!... Yo no quiero que doña Adelaida me acuse de haberle robado a su hijo... Yo no le robé nada... Carlos me quería a mí, es verdad, pero nunca dejó de quererles a ustedes... ¡nunca!

—¡Pobre hija mía! —dijo Alejandro, acariciando la cabecita de su nuera que se había inclinado vencida por un sollozo—. No podemos pretender que el mundo pueda cambiar de pronto su fisonomía... Debes pensar que esa pobre mujer vivía sólo para su hijo. ¡No tenía más que a él!... Yo puedo todavía comprender y razonar... pero ella no. ¡Una madre siempre es más que un padre! Trata de comprenderla... ¡y no nos abandones!

—¡Papá!... —sollozó Magdalena arro-

jándose a los brazos de Alejandro que se le tendían nobles y generosos.

—¡Hacia tanto tiempo que no oía esta palabra! —suspiró el pobre padre, abrazando fuertemente a la mujer de su hijo, a aquella chiquilla que no tenía ahora otro amparo que el de aquellos brazos que la estrechaban con ternura paternal.

—¿Me deja que le llame siempre papá? —preguntó Magdalena, en medio de sus lágrimas.

—¡Oh, sí, querida, llámame siempre así!... ¡No sabes el bien que me hace!... Y trata de sonreír un poco... ¡hay tanta necesidad de ello en esta casa!

—¡Papá!... —sonrió Magdalena, diciendo que aquella sonrisa fuera como un rayo de sol en su rostro afligido.

—Así... así... así, hija mía... ¿Cuántos años tienes?

—Veintuno.

—¡Veintiuno!... ¡Y tanto como has sufrido ya!... Pero a tu edad el tiempo hace milagros... ¡Ya verás, ya verás cómo un día acaso vuelva a renacer la ilusión!...

\* \* \*

Magdalena transformó aquella casa lúgubre y triste. La juventud extrema de la muchacha, su carácter hecho de bondad y de abnegación, su innata ternura, la hicieron triunfar de todas las tristezas y pronto la casa, bajo su mando y dirección, cobró el aspecto de cosa nueva, recién creada, dejando a un lado las vetusteces y las tristezas de cortinones oscuros y persianas que nunca se corrían. Ahora entraba la luz a chorro en todas las habitaciones y el sol se quebraba en los cristales tallados de los jarranes llenando de iridaciones las flores recién cortadas.

La casita era como una joya recién pulida: todo brillaba, todo relucía, todo tenía el júbilo de la juventud.

Únicamente la habitación de doña Adela se había resistido a aquella orgía de luz y de color.

Magdalena esperaba cada día a su padre cuando volvía a la casa; le esperaba en el recibidor, le obligaba a sentarse en un sillón y cambiaba sus gruesos zapatotes por unas zapatillas de fieltro.

—Aquí... a sentarse aquí y a estarse quietecito...—le dijo, el primer día que inauguró aquella nueva moda.

—¿Pero qué vas a hacer?—inquirió Alejandro viendo que Magdalena se arrodillaba a sus pies y comenzaba a desatarle el calzado—. ¡No puedo consentir eso!...

—A callar y a obedecer... papáito...

—¿Pero por qué me pones las zapatillas?

—Porque ha convencido a Rosa que diera cera en el piso... ¡Mire qué brillante está! y si ahora, usted, con sus zapatotes llenos de barro nos lo mancha todo... ¿qué va a ser de nosotras, después del trabajo que nos ha costado?

—¿Qué criatura!—rió Alejandro, dichoso y satisfecho—. ¡Hasta dar cera al pavimento!... Ayer alfombrasteis el salón... hoy dáis cera... llenas la casa de flores... ¡Oh, tú estás en todo, Magdalena, en todo!...

—¡Claro!

—Mira... mira cómo te has manchado las manos con mis zapatos... ¡Y es por culpa tuya!... Te has empeñado en que arreglara el jardín...

—¡Claro que sí!... Es una lástima abandonarlo de ese modo... ¡Con lo bonito que puede estar y la alegría que dará verlo lleno de flores!... A propósito... ¿Sabe usted que hoy he hecho una cosa... sin pedirle permiso?

—¡Oh!...

—No me regañe, papá—suplicó ella, con su carita de niña inocente y buena.

—Vamos a ver... ¿Qué has hecho?

—Mire usted allí... hacia la yedra...

—¡Oh!...—volvió a exclamar Alejandro, viendo que la chiquilla lo había arrasado todo con las podaderas—. ¡Pero qué has hecho!

—Arrancar todo lo que daba al jar-



día un aire tan melancólico... Oiga, papá, todo eso era simbólico, era antiguo, era todo lo que usted quiera decir... ¡Pero era deprimente! Por eso ahora he plantado ese rosal trepador. Lo haremos trepar por el muro hasta que llegue a la ventana de su cuarto... Y así, si un día se cansa usted de mí y me echa de casa, quedará aquí algo mío que todas las mañanas golpeará sus cristales para darle los buenos días en mi nombre...

—¡Chiquilla!—sonrió Alejandro, mirando a Magdalena con infinita ternura.

\* \* \*

Unos meses más tarde el rosal estaba ya en plena floración, cambiando por entero el aspecto exterior de la fachada, triste hasta entonces y que ahora parecía un gigantesco ramo de flores recién abiertas.

—Mira, mira, Adelaida—dijo el bueno de Alejandro con alegría incontinente—. ¿Has visto qué pronto ha crecido y qué bonito está este rosal? ¡Nunca había visto rosas tan hermosas!

—Es una nueva calidad... Rosas "Magdalena"—replicó Adelaida, que no había despuerto su actitud de rencor y de odio hacia la muchacha.

—¿A qué viene ahora esa ironía? No me negarás que las rosas son espléndidas.

—También encontrabas antes espléndida la yedra... y no hubieras consentido a nadie arrancarla...

—Siempre serás la misma... Como la yedra quisiera yo poder arrancar de tu corazón el rencor que hay en él.

—¡Rencor, sí, rencor contra todo y contra todos!... ¿Qué necesidad había de hacer estas transformaciones en la casa? Primera el salón... ahora el jardín... ¡Pero es que tú le has dado amplia libertad para todo!...

—¿Por qué no? Si nos trae un poco de alegría, ¿por qué la vamos a reñir?

—¡En esta casa se acabó la alegría para siempre!—replicó Adelaida que gustaba de vivir sumida en su honda amargura.

Rosa entró en aquel momento a pedir órdenes:

—¿Qué dispone la señora para el almuerzo?—preguntó, después de haberse disculpado por interrumpir.

—Lo que tú quieras... a mí me da lo mismo... Pero no olvides que tenemos cuatro invitados.

—¿Castro?—inquirió Alejandro con extrañeza—. Yo sólo he invitado a mis tres amigos.

—Pues yo he invitado a Clementina.

—¡Adelaida!...

—¿Te molesta?



—¡Figúrate!... No es que me molesta... pero... es que no me parece oportuno...

—Puesto que habéis decidido que aquí sea siempre fiesta, bien puedo invitar yo a quien se me antoje.

Alejandro guardó silencio, muy preocupado y de pronto una voz viril, potente y armoniosa, vibró en el silencio con una bella canción napolitana, entonada a plenos pulmones por alguien que debía ser muy feliz.

—¡Eso nos faltaba!—exclamó Adelaida cerrando de golpe la ventana—. ¡Ya ha llegado el nuevo vecino... y al parecer, debe ser un tenor!

El nuevo vecino, sin la más remota idea de que sus cantos pudieran molestar a nadie, seguía entonando la canción, asemejándose de vez en cuando a la ventana, mientras iba poniendo orden en todas sus cosas. Acababa de llegar y estaba entusiasmado con el sitio elegido. El agua del canal se deslizaba silenciosa al pie de la casa, regando los jardincillos que crecían por todas partes, cultivados por manos amorosas.

—¡Ah, me parece que esto me va a gustar mucho! —exclamó, mientras colgaba en la ventana la jaula de una colorra de abigarrados colores, con la que se puso a hablar como si fuera su mejor amigo:

—¿Qué te parece, viejo? ¿Te gusta la nueva casa? Jardines por aquí... jar-

dines por allá... jardines por todas partes... ¡Si nos va a emborrachar el perfume de las flores! ¡Ah, no vayas a creer que todos los papagayos son tan dichosos como tú, no! Has caído en buenas manos, eso es, y puedes sentirte feliz de que así haya sido!... Tralalá... tralaráaaa... tralalalalá...

La patrona entró en la habitación después de haber dado unos golpes en la puerta que no merecieron contestación.

—Señor Padovan—le dijo—acaban de traer otro caballero para usted.

—Está bien... déjelo ahí fuera... ¡Tralalá... la... la... lararáaaa!—gorjeó Ricardo en un arpegio que subió hasta las nubes.

—¡Dichoso usted, señor Padovan!

—¿Por qué, dichoso?

—Porque canta usted siempre.

—¡Bah!... Mientras no moleste a nadie, ¿por qué voy a dejar de cantar?

—Esperemos que sus cantos no molesten a nadie—comentó la vieja patrona con aire compungido.

—¿Por qué lo dice usted?

—Es que... tenemos dos viejos vecinos de habitación que han olvidado la alegría desde hace mucho tiempo...

—¡Pobrecillos!... Los alegraremos nosotros, ¿verdad, Perico? —preguntó al papagayo que carraspeó en señal de asentimiento.

Ricardo siguió arreglando sus cosas, sin dejar de cantar y, después, volvió a

asomarse a la ventana, encontrándose con Magdalena que estaba asomada a la suya:

—Perdona, señora... ¿es verdad que mis canciones la molestan?—le preguntó, saludándola con desenfado y mirándola con sorpresa, porque la encontró deliciosamente bonita.

—¡Oh, no, no, a mí no!... ¡Puede cantar cuanto quiera!—replicó la muchacha, sonriendo.

—Me habían dicho que...

—No, puede estar segura de que no es a mí a quien molestan sus canciones... ¿Estudia canto?

—No, no soy estudiante de canto... ni siquiera soy estudiante... Soy únicamente pintor.

—¿Pintor?

—Digamos, si le parece, pintor... aun cuando la palabra me parece exagerada y presuntuosa... Manejo el pincel, nada más. ¡Qué hermosas rosas y qué perfume tienen!

—Sí, son muy hermosas... Con permiso...—dijo Magdalena, que no gustaba de sostener conversación con desconocidos.

Ricardo la siguió mirando, la vio tomar en sus brazos a una gatita y mirarla con ternura mientras le decía:

—Te voy a preparar la comida, ¿oyes? Porque tienes que estar muy fuerte para cuando vengan los pequeños... hay que ser una mamá previsor y comenzar a cuidarse ya desde

este momento para que puedas criarlos sanos y robustos... ¿oyes?

Ricardo sonrió complacido ante la belleza de la muchacha, ante su dulzura, ante aquella ternura que demostraba hacia la gatita y que era indicio bien claro del tesoro inagotable que aquella mujer llevaba en su alma.

Cuando los tres amigos llegaron, con Alejandro, para asistir al almuerzo que les daba éste, Magdalena les recibió con alegría:

—¡Ya están aquí los tres soles de Venecia!—les dijo, riendo y estrechándoles la mano.

—¡Hola, queridísima!

—¡Querida Magdalena!

—¿Cómo están mis viejos amigos?

—Eso no se pregunta, Magdalena... Cuando la vemos a usted estamos siempre perfectamente.

—¡Usted nos ha rejuvenecido!

—Posee usted las siete bellezas de la creación.

—¡Oh! ¡Qué galantes vienen hoy mis tres viejos!—rió Magdalena, divertidísima con aquellas frases y aquel coro de alabanzas.

—¿Has cortado las rosas?—preguntó Alejandro, que estaba muy orgulloso de los rosales que florecían en su jardín.

—Voy a hacerlo ahora mismo, papá.

Alejandro miró a sus amigos y les dijo, después de una breve pausa:

—Para la hora del almuerzo os tengo preparada una sorpresa...

—¿Una sorpresa?

—¿Se trata de dulces?

—No... se trata de que... vendrá a almorzar con nosotros doña Clementina...

—¡Santo Dios!

—¡Pobres de nosotros!

—Pero esto es amargarnos la fiesta...

La noticia había caído como una bomba y cada uno expresó su desagrado.

Cuando Magdalena volvió le preguntaron, no queriendo ni hablar de la presencia de aquella pécora que sólo había sido invitada por un deseo de Adelaida de hacer pagar su amargura a todos cuantos estaban a su lado.

—Magdalena, ¿podemos concretar el programa de hoy? Porque hasta ahora no sabemos a qué atenernos.

—¡Ah, el programa estará muy pronto hecho!... Primero el almuerzo, después el café... y después, si la descan, media horita de reposo...

—¡Pero, Magdalena, usted nos conoce muy poco! —exclamó Genaro que había logrado dominar su timidez—. Nosotros somos tres jovencitos tremendos, tremendos... ¡no faltaba más! ¡Sí, somos incansables!

—¿De veras?... ¡Pues vamos a hacer unas carreras para demostrar la agilidad de cada uno!... Así se despertará el apetito.

—¿Y qué premio dará al triunfador?

—Un beso... Vamos, vamos al jardín...

Les había animado como si fueran tres chiquillos, hizo una raya en el suelo y les obligó a permanecer en ella hasta que diera la señal de partida.

—No se mueva ninguno sin que yo dé la señal—dixó Magdalena—. De otro modo no dará el beso al vencedor... Vamos, ¿preparados?... ¡Uno, dos y... tres!

Los tres hombres salieron de estampía, pero Anselmo se paró repentinamente y dijo, como un niño enfadado:

—No vale... no vale...

—¿Qué ocurre? —inquirió Magdalena.

—Este... que me ha sujetado por la chaqueta—explicó Anselmo, refiriéndose a Genaro.

—¿Qué exageración!... Es que mantenía un momento el equilibrio.

—¡Basta de discusiones! ¡Todos a su sitio otra vez! ¡Volvamos a empezar!... Papá, venga usted aquí, que necesitamos un jurado... ¡Usted también, doctor, venga, venga!—añadió Magdalena, viendo al doctor Nardi que salía de la casa.

—¡Pero yo me reservaba para el servicio de urgencia!—rió Nardi.

—Y yo me voy a constituir en un jurado implacable—afirmó, riendo también, Alejandro.



—Bien, todas a sus puestos y sin hacer trampas.

—¿Lo habéis entendido?... ¡Sin hacer trampas!—dijo Genaro, muy serio.

—¡El caradura ese!... ¡Mira quién habla, si el único que ha hecho trampa ha sido él!

Todos charlaban, reían y gritaban, como si fueran una bandada de colegiales, cuando llegó Clementina que se quedó parada, con su rostro de víbora, mirando el cuadro.

—Se han convertido en caballos de carreras... por amor... y ella, la mala mujer, sigue haciendo tonterías bajo el techo de su propia casa...—comentó con maldad y saña.

Genaro era el que más se divertía y el que más chillaba:

—Magdalena, mire, yo tengo las piernas cortas y debería concedérme un poco de ventaja... Además, ¿ha visto usted los pies de estos dos?... ¡Caminan como dos camellos y me obstruyen el paso si no salgo al primero...

Clementina se acercó a Adelaida, y dejando caer toda la mala intención que llevaba en su interior en cada una de sus palabras, le dijo, sonriendo, como si no dijera nada desagradable:

—¡Dichosa usted, doña Adelaida!... No podrá decirse que en su casa falta alegría...

Adelaida saltó en su asiento. Ya no podía más y no le faltaba sino encontrar a alguien que la azuzara en contra

de todo aquello. Levantándose, gritó:

—Basta, Alejandro, basta ya... ¿Cuándo va a terminar ese juego?

—Pero, doña Adelaida... esto durará hasta que se termine... Usted que es una señora con un alto sentido de la justicia, debería comprender que estos dos señores se aprovechan de que soy más bajito para tomarme la delantera...

Alejandro se acercó a su esposa y le dijo, tratando de calmarla en su cólera:

—Ten un poco de paciencia, mujer... Por una vez que se arma un poco de bulla en casa...

—¡Ah... no es por mí, no!... Es por los vecinos, ¿entiendes? ¿Qué dirán de que nos estemos dando esta vida, con lo que nos ha pasado?... Si quieres seguir divirtiéndote tú, haz lo que quieras... al fin y al cabo eres el amo de la casa... pero yo me retiro.

Entró en la casa, muy altiva y ofendida, seguida por Clementina, dejándoles a todos tan cortados, tan confusos, que ya nadie se atrevió a alzar la voz.

—Deben compadecerla... y perdonarla... —murmuró Alejandro, verdaderamente apesadumbrado.

—Por Dios, Alejandro, quizás hemos sido nosotros los que hemos exagerado la nota...

—Será mejor que nos vayamos.

—Todo ha sido por culpa mía—murmuró Genaro, muy contrito—. Ruego



que me dispensen. Estoy hoy disgustado por mi conducta. Me he portado como un niño malcriado.

—¡Pero si no vale la pena!... No se preocupen... Está la pobre tan hipersensible... Pero si creéis que es mejor...

—Sí, sí, será mejor que nos marchemos... No debemos molestar más...

—Os acompañaré.

Y se suspendió la fiesta.

Cuando Alejandro se sentó a la mesa, no tenía apetito. No probó bocado de los platos que le servieron y permaneció muda y absorto, hasta que su esposa, viéndole en aquella actitud, le preguntó:

—¿Qué tienes, Alejandro? ¿Estás ofendido por lo de tus amigos?

—Me parece que tengo sobrado motivo... Yo te pregunto si valía la pena de tratar así a esos pobres viejos...

—¿Viejos?... Si son tres viejos más alegres que unos chiquillos desde que...

—¿Desde que?... ¿Por qué no acabas la frase? ¿Qué quieres decir con esto?

—Nada... lo digo porque... ahora... todo es tan diferente aquí...—murmuró Adelaida, mirando aviesamente a Magdalena, y levantándose dispuesta a abandonar la habitación.

Alejandro la vió partir y comentó con amargura:

—¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Por qué no tenemos que ayudarnos a

soportar nuestros dolores con un poco de resignación...? Yo no comprendo... ¡Hace tanta bien un poco de dulzura!...

...

—¿Qué le parece nuestra vecinita?—le preguntó aquella mañana la patrona a Ricardo, mientras abría de par en par la ventana por la que entró una bocanada de perfume y de luz.

—¿Quién quiere decir?—preguntó, a su vez, Ricardo, haciéndose el desentendido.

—Digo la señorita Magdalena.

—¡Ah!... ¡Se llama Magdalena!... ¡Es encantadora!

—¿Le gusta?

—Parece una flor.

—¡Y la pobrecilla, ya viuda tan joven!—suspiró la patrona.

—¿Viuda?

—Sí... hace poco menos de un año que murió su marido en un accidente.

—¡Pobrecilla!...

Ricardo ya no pudo pensar más que en la viudita, desde que la había visto, el día de su llegada, asomada a la ventana primero y luego en el jardín jugando con la gata. Muchas veces la había vuelto a ver desde entonces, y cada vez que la veía era una fiesta para

su espíritu. Aquella mujercita reunía todas las cualidades que un hombre puede apetecer y anhelar.

El pintor se sentía más dichoso que de costumbre, porque nacía en él algo que le era desconocido: un ansia nueva de vivir, de gozar, de ser feliz. Y se la comunicaba a su papagayo con el que acostumbraba tener prolongadas conversaciones, entre aria y aria:

—¡Cocoricó!... Tú todavía no conoces a la viudita... ¡Pero ay de ti el día en que la veas!... Oye, ¿si te hago una confidencia, serás capaz de mantener el secreto? Pues te lo voy a decir: verla, hablarle y enamorarme de ella, todo fué una misma cosa... Ahora ya no puedo imaginar la vida sin ella... ¡Pero silencio, ¡Cocoricó, silencio!... Dame la pata... y tu palabra de caballero... ¿Te das cuenta tú de las cosas, Cocoricó?... ¡Oh, pero no te escapes!... ¿Dónde vas ahora, loco?—gritó, de pronto, viendo que el papagayo había emprendido el vuelo y le contemplaba, burlón, desde la tapia del jardín donde había ido a posarse.

Bajó al jardín y le llamó con cariño para ver si le convenía:

—Cocoricó... Cocoricó... ven aquí, ven... No me comprometas... ¿No sabes que esa no es nuestra casa?—le dijo, viendo que el papagayo se había posado en un árbol del jardín vecino... ¿No ves que no puedo bajar ahí?... Vámonos, se bueno, ven, ven...

El papagayo no era precisamente un pájaro obediente, pues en lugar de hacer lo que su dueño le decía, de un nuevo vuelo fué a posarse sobre la mesa en la que estaba almorzando Magdalena con sus suegros.

—¡Oh!... El papagayo del señor Padovan — exclamó Magdalena, reconociéndole—. ¿Qué haces tú aquí?

Ricardo había saltado la tapia, persiguiendo al papagayo, y se encontró frente a sus vecinos sin darse cuenta:

—Perdonen...—dijo, sin turbarse, mirando fijamente a Magdalena que había bajado sus hermosos ojos y se había puesto roja como la grana—. Este animalito se me ha escapado y yo, para alcanzarlo, he cometido la indelicadeza de saltar la tapia y llegar hasta su jardín...

—¡Es precioso! — exclamó Magdalena, mirando la vistosidad del plumaje del pájaro.

—No tan precioso, no... ¡El muy bribón me ha puesto en condiciones de parecer un mal educado!... Señor, estoy verdaderamente avergonzado de presentarme en su casa de un modo tan inusitado—añadió, dirigiéndose a Alejandro—. Pero todo ha sido por culpa del pájaro... Si lo hace otra vez le retuerzo el pescuezo.

—¡Por Dios!... ¡Pobre animalito!... Siéntese, por favor...—replicó Alejandro, contento de que algo viniera a interrumpir la violencia que se creaba

siempre que estaban juntos Adolaida, él y Magdalena.

—Si no molesto...—murmuró Ricardo, mirando de nuevo a la muchacha con una marcada intención que no pasó inadvertida para los ojos de Adolaida.

—¡Qué va usted a molestar!... Al contrario... somos muy buenos vecinos... siéntese, siéntese—insistió Alejandro.

Y volviéndose a su esposa, le preguntó:

—¿Conoce al señor Padovan, Adolaida?

—Un poco... de vista... y más aún de oído... Le oigo cantar con mucha frecuencia.

—Es verdad... canto muchas veces... aunque mi oficio es la pintura... Soy escenógrafo, y claro está, frecuentando los escenarios de ópera y oyendo ensayar constantemente, acaba uno por cantar también...—explicó Ricardo.

—¿Prepara usted alguna cosa en la actualidad?—inquirió Alejandro.

—Poca cosa... el adorno del teatro Malibrán para el baile de mitad de Cuaresma.

—Nosotros no vamos nunca al teatro—dijo Alejandro con un poco de tristeza.

—¿Y la señora tampoco?—preguntó Ricardo, dirigiéndose a Magdalena.

—No, tampoco—contestó con prontitud la muchacha.

Ricardo no se cansaba de contemplarla. Había tal armonía en toda su

persona, tal perfección de líneas, un encanto tan indescriptible, que no podía apartar de ella su mirada. Tenía algo... algo que Ricardo no acertaba a calificar...

Alejandro vino en su ayuda al comentar un cuadro que tenía en el comedor, un cuadro de uno de los pintores más conocidos en Venecia:

—Es un cuadro de líneas perfectas, cada personaje tiene una gracia inimitable. Es mi pintar favorito, quizás porque con su simplicidad y con su dulzura es el que está más cerca de mi espíritu... es como un sedante... ¿no le parece?

—¿Decía usted?...—preguntó Ricardo que buscaba y rebuscaba en su cerebro el calificativo que quería aplicar a Magdalena, sin encontrarlo. Y de pronto, comprendiendo y siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, corroboró con entusiasmo:

—¡Eso es... un sedante! ¡Es la palabra justa!... La simplicidad y la dulzura de las líneas... la belleza del conjunto... ¡Eso, eso, un sedante!...

Adolaida, como mujer y como mujer suspirar, adivinó pronto lo que pasaba por el alma del artista y, con una enigmática sonrisa, le dijo a su esposo:

—Alejandro, deberías invitar al señor Padovan a venir a pasar alguna velada con nosotros...

—¡Oh, con mucho gusto!... Unica-



mente tengo que se aburrirá usted mucho con nosotros, señor Padovan.

—¿No lo crea!... Su compañía me resulta muy grata... Gracias, señora, gracias; estoy verdaderamente agradecido a sus atenciones...

—No nos agradezca nada... ¡Estamos aquí tan solos!—dijo Adelaida, cuya expresión había cambiado por entonces—. Usted canta... Magdalena toca divinamente... Será un verdadero regalo para nosotros su presencia, señor Padovan...

—Vendré con muchísimo gusto... Pero ahora ya no quiero molestarles más... Ustedes perdonen por la intrusión.

—Ya sabe que ha tomado usted posesión de su casa... Magdalena, acompaña al señor Padovan hasta la puerta...

Magdalena miró a su suegra con extrañeza. Era la primera vez, desde su llegada a aquella casa, que la escuchaba hablar sin acritud y sin rencor. Se levantó y salió acompañada de Padovan, después que éste se hubo despedido del matrimonio con mil protestas de agradecimiento.

—En el fondo debo estarle muy agradecido, amigo mío...—dijo Ricardo al pájaro mientras cruzaba el jardín al lado de Magdalena—. Porque gracias a ti... he podido acercarme a ella... y hablarle...

—¿Oh... es tan poca cosa!...—replicó Magdalena, sintiendo que el rubor invadía de nuevo sus mejillas.

—Para mí no... Yo la admiro a usted desde el primer día que la vi, y siempre he esperado poder cambiar con usted algunas palabras que no fuesen de simple saludo de cortesía.

—Se lo ruego... no me diga estas cosas... no me hable así...—suplicó Magdalena, que se sentía más turbada de lo que ella hubiera querido.

—¿Por qué, señora?... ¿Qué tiene de malo?

—Se lo ruego...—volvió a suplicar ella. Y luego, conduciéndole hacia la puerta, le dijo:

—Por aquí... si me hace el favor.

—¿Por la cancela?... ¡Oh, no señora!... ¡No me haga dar un rodeo tan largo! No se moleste... ¿Ve usted?... ¡De un brinco estoy en mi casa!...—rió Ricardo, saltando la tapia con agilidad, y alejándose con su pajarraco en la mano.

\* \* \*

Magdalena se quedó en el jardín. Las palabras que Ricardo le había dicho despertaban en ella nuevos ecos. Le pareció como si su corazón, dormido o muerto desde que Carlos desapareciera de su lado, volviera a palpar con regularidad; como si la luz se hubiera hecho en las tinieblas de su vida; como

aí algo muy bello y muy dulce se insinuara en su existencia tan atormentada y sombría.

—Señorita... ¿quiere ver si está bien así la comida de la gatita?—le preguntó Rosa adelantándose hasta ella e interrumpiéndola en el curso de la dulce ensoñación en que se había sumido.

—Sí, Rosa, está bien... Deja que yo se la dé... ¡Mira qué hambre tiene la futura mamita!

—Me ha dicho el jardinero que ya no pueden tardar en usocr... que ya es la época.

—¡Pobrecilla!... Parece que lo comprende...

Se quedó contemplando a la gatita que la miraba con sus grandes ojos redondos, que tenían ahora una expresión casi humana.

—¿No se va a dormir la señorita?—preguntó Rosa, viendo que Magdalena seguía sentada en el banco del jardín, con la gatita a sus pies.

—No... yo me quedaré aquí todavía... ¡Pobre animalito!... Quisiera estar con ella para hacerle compañía cuando... Bueno, si tú tienes sueño puedes marcharte... Yo me quedaré un rato más.

—Está bien... Buenas noches, señorita Magdalena.

—Buenas noches, Rosa.

Se quedó sola, soñadora y nostálgica. La noche era su cómplice para sus melancolías y la luna la ayudaba a soñar desde lo alto del horizonte, inun-

dando con su luz pálida los senderos del jardín.

De pronto escuchó unos pasos junto a ella y volvió la cabeza acostada. Ricardo estaba allí, mirándola con sus ojos cálidos y apasionados.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido?—preguntó Magdalena, sobresaltada.

—Tengo que hablarle...

—¿A esta hora?... ¿Aquí?... ¡Oh, Dios mío, pero usted está loco!

—Se lo ruego... Necesito hablarle...

—No, no, váyase pronto, váyase... podrían vernos...

—Un momento, señora, se lo ruego—suplicó Ricardo, tratando de retenerla.

—¿Pero qué quiere de mí?... ¿No comprende que eso que usted piensa es absurdo?

—Por favor, Magdalena, escícheme, se lo ruego... Es algo más fuerte que yo, más poderoso que toda mi voluntad... Hace noches y noches que la espío cuando usted viene al jardín, que escucho sus palabras y que me embriago con su voz... No me haga callar, no... Eso que a usted le parece absurdo, me pareció absurdo también a mí en el primer momento; pero después me dije... "¿Por qué no puede ser posible?..." Además, sé que para usted mi sentimiento no es un secreto... Lo ha leído en mis ojos, lo ha escuchado en mis

canciones, lo ha adivinado en todas mis actos...

—No es verdad—protestó Magdalena débilmente.

—Sí es verdad... Yo he querido saber de usted, de su vida, y he sabido... he sabido que su vida está hecha de renunciamiento y de sacrificio, de tristezas y de dolor... Sé que es usted joven y que tiene derecho a esperar todo de la vida... Sé que yo, para usted, no puedo todavía representar nada... pero si mi devoción y mi sinceridad me dan el derecho a esperar...

—¡No, Ricardo, no, eso nunca!—exclamó Magdalena con la más plena convicción.

—¿Quiere continuar sacrificándose así?

—Quiero seguir cumpliendo con mi deber.

—¿En contra de usted misma?

—En obsequio a aquellos a quienes se lo debo todo—dijo Magdalena, mirando con su mirada noble, clara y serena, a Ricardo.

—¿Pero por qué se obstina?—insistió él—. ¿Hasta cuándo le será posible llevar su sacrificio a ese extremo? La vida de una mujer joven y hermosa también tiene sus derechos... ¡Míreme!... ¡No me huya!... ¡Crea en mí!...

—No... no...—murmuró Magdalena, luchando denodadamente con sus sentimientos—. Ya obro mal sólo escuchándole...

—¿Por qué?... ¿No le ofrezco un amor sincero?... Hace noches y noches que paso y vuelvo a pasar bajo su ventana con la ilusión de que se abra y verla aparecer a usted...

—¡Oh, basta, basta, no puedo seguir escuchándole!—suplicó ella, esforzándose por no ceder al placer del halago, al calor de aquel cariño que se le ofrecía en toda su pureza e intensidad.

Ricardo le cogió una mano y le pidió en voz baja, con un suspiro de súplica:

—Dígame al menos que siente la sinceridad de mis palabras...

—No... no... no lo diré nunca...

—¿Cuándo volveré a verla?

—Cuando quiera... pero no aquí... no a solas... Estoy siempre en casa... allí podrá verme siempre que quiera...

—¿Delante de todos? ¿Teniendo que callar todo lo que siento?... Está bien, si usted así lo quiero... así será... Mi constancia romperá el hielo que la envuelve... Sólo una cosa quiero pedirle... que vaya a la fiesta de mitad de Cuarema al teatro Malibrán... Sé que sus amigos de don Alejandro irán... hágase acompañar por ellos... Dígame que irá...

—No lo sé, Ricardo...—murmuró Magdalena en voz tenue, que la tricionaba con su solo acento—. ¡Ahora le ruego que se vaya, que me deje!...

—Está bien... Me voy... y gracias... ¡Yo sé que no faltará usted a esa fiesta!



\* \* \*

Magdalena fué a la fiesta. La sombra de los tres viejos amigos de don Alejandro la protegía y la acompañaba. Fué porque iba con ellos y tenía la seguridad de que a su lado nada malo podía pasarle. Fué también porque su juventud despertaba de nuevo, porque la ilusión borraía otra vez en su pecho, porque la primavera resucitaba con todas sus pompas después de aquel largo invierno de heladas y nieve en el alma.

Ricardo, que la había estado esperando toda la noche, supo apartarla un momento de los tres viejos y la acercó a sí en un gesto de cariño y de protección, como si la sintiera ya suya, como si tuviera el convencimiento de que nada le podría separar de aquella mujer a la que amaba.

—¡Pero usted se ha vuelto loco, Ricardo!... ¡Usted me quiere comprometer!—se defendió ella.

—Un instante, Magdalena, sólo un instante... El tiempo preciso para decirle que la quiero, que todos los minutos de mi vida la pertenezcan, que no vivo más que para usted...

—Pero... ¿qué es lo que pretende de mí?—preguntó Magdalena turbadísima,

porque sentía que su alma hablaba en el mismo idioma en que Ricardo se dirigía a ella.

—Poca cosa, Magdalena... Que me confesese lo que ya he leído en tus ojos, lo que estoy leyendo en ellos hasta en este momento en que te aferras con todas tus fuerzas a una renunciación heroica que va en contra de toda ley humana...

—Pero... Ricardo... eso no es posible... no puede ser...

—Entonces... ¿por qué has venido a la fiesta? Sabías que yo estaría aquí, que iba a intentarlo todo para hablaste... y sabías lo que te quería decir...

Magdalena temblaba de emoción, sus ojos brillaban con un fulgor nuevo, pero su razón la hacía sobreponerse a sus sentimientos.

—Píense en esos pobres viejos...—dijo tras un breve silencio—. Me produciría la impresión de traicionarlos, si yo cediera a sus súplicas...

—Yo no puedo pensar en ellos, Magdalena, yo sólo pienso en ti, en todo lo que te cuesta un sacrificio sin nombre, este sacrificio tan inútil en el que estás malgastando tu juventud... No lo niegues... Sé que sufres... Me rechazas, y me llamas; me huyes, y me buscas... ¡Haces lo que yo hago, pero yo lo hago abiertamente, porque yo te invoco con toda mi alma!... ¡Magdalena, Magdalena!...

va? ¡Es joven!... ¡Si sólo tiene veintitrés años!...

Clementina se calló. No comprendía cómo Adelaida podía defender a la muchacha, pero estimó que aquél no era el momento oportuno para seguir tratando del asunto y pasó a otro tema, dejando para una nueva ocasión lanzar otro de sus dardos envenenados.

Unos días más tarde se encontraron reunidos en el comedor de casa de Magdalena todos los amigos de Alejandro, aquellos tres inseparables que habían encontrado en el hogar de su amigo el calor y el cariño que la presencia de Magdalena les hacía sentir. Desde que ella estaba en la casa no habían apartarse de allí y pasaban horas y horas cantando, riendo, embromándose, tocando el violín y el piano, gozando como verdaderos niños, rejuvenecidos por la presencia de aquella criatura que todo lo iluminaba con la luz de su espíritu dulce y agradable.

—Buenos días, señores...—Interrumpió la voz de Clementina que llegaba en aquel momento—. Buenos días... ¡Qué agradable compañía!... Están aquí los tres amigos... ¡No hay peligro de que los vea yo nunca en mi casa!... Claro que yo no tengo los méritos de mi sobrina—añadió, lanzando su veneno en aquella sonrisa que puso al decir estas palabras y que no era más que la máscara del odio que sentía hacia la muchacha—. ¿Qué era lo que estaban

Pronto corrió de boca en boca la noticia y fué Clementina la que, en su saña malvada, se apresuró a llevarla hasta oídos de doña Adelaida.

—Al principio no quise creerlo—le dijo, después de haberle contado las habladurías de la gente—pero, ¡caramba!, he tenido que rendirme a la evidencia... Iba a comprar pan, y lo sabían, iba a comprar carne, y lo sabían, el pescado, y lo sabían... comprenda usted que cuando todos dicen lo mismo, es que cierto ha de ser... ¡La cosa es ya del dominio público! Y por eso me he creído en el deber de venir a prevenirla, mi querida amiga... Estoy escarmentada y no quiero que se encuentre usted con el bochorno que yo pasé entonces... En su casa, doña Adelaida, en su propia casa se está iniciando una nueva intriga...

Adelaida había escuchado aquellas palabras sin inmutarse, serena, tranquila, casi sonriente, y, cuando Clementina, después de haber lanzado su veneno, se calló, dijo:

—Usted es extremadamente severa, Clementina... ¿Qué mal hay en que Magdalena se haya enamorado de nue-

cantando mundo yo llegué?... Si mal no he oído me pareció que cantaban ustedes la Marcha Nupcial... ¿Verdad que no me equivoco?... ¡Nada más apropiado!—exclamó, con toda su mala intención, destilando en cada frase toda la maldad de su alma.

—¿Apropiado? — preguntó Alejandro, extrañado del tono de Clementina y de la doble intención de la frase— Apropiado... ¿por qué?

—¡Pero si lo comenta todo Venecia!... ¿Y usted se hace el desentendido!... ¡Ah, si ya no es un misterio para nadie!... ¡Aunque hace usted bien, don Alejandro, de guardar el secreto!

—¿Yo?... ¿Qué tengo que ver yo con todo eso?

—¿Usted no?... ¿Y usted, señor Padovan?—preguntó Clementina volviéndose hacia Ricardo con aquella mirada y aquella sonrisa que parecían querer aniquilar al que se dirigían—. Vamos... confíeselo... ¡Confíeselo los dos!... ¡Si no hay mal en ello!

—¿Pero qué quiere decir?—inquirió Alejandro mirando a unos y a otros, porque él era el único que no se había enterado de los amores de Magdalena con Ricardo Padovan.

—¿Por qué se pone usted así? ¿Es que he dicho algo inoportuno?... ¿Me he adelantado demasiado?... ¡Oh, perdóneme, pero todo el mundo me asegura que es verdad! ¿No es cierto, señor Padován?

—No—contestó Ricardo en tono seco. Y añadió, mirando a Magdalena con sus ojos llenos de amor:

—¡Aunque estaría muy orgulloso de que todo eso fuera verdad!...

Magdalena bajó los ojos, sintiendo que una oleada de sangre le subía a las mejillas.

Alejandro estaba nervioso, inquieto, deseaba que todos se marchasen para poder hablar a solas con Magdalena y, cuando después de una visita que se prolongó más de lo que él hubiera deseado, salieron todos de la casa, él retuvo a la muchacha junto a sí y le dijo con un poco de violencia:

—¡Quiero que me lo digas todo!... ¿Qué hay de cierto en lo que ha dicho Clementina?

—Nada, papá—contestó Magdalena, sin atreverse a mirar directamente a Alejandro.

—Entonces... ¿a qué vienen todas esas habladurías?

—¡Si va a hacer caso de lo que diga la gente!—suspiró Magdalena, que no sabía qué subterfugio emplear para no seguir hablando de aquel tema en el que no se sentía demasiado segura de sí misma.

—La gente habla por lo que ve... La vida me ha enseñado mucho, hija mía, y sé bien que cuando la gente habla, siempre hay una base en la que fundarse para las habladurías... Ya sé que eres muy dueña de hacer lo que creas...



pero debes elegir con cuidado... Si tú fueras hija mía, hija de verdad, podrías enamorarte y casarte... ¡Entonces sería muy diferente!... Pero ahora no, ahora no puedes hacerlo... Porque si llevas a ese hombre en el corazón... es que él se ha interpuesto entre nosotros... ¿Te parece posible? ¿Te parece digno?... ¡No, no, no puedo tolerar que la viuda de mi hijo esté enamorada! ¡Si toda la ciudad se va a burlar de nosotros!

—Pero papá, recobro la tranquilidad de su corazón... Pero si no hay nada de verdad... Si no hay ni debe haber nunca nada nuevo en nuestras vidas... Si las apariencias me condenan, yo te prometo destruirlas... Encontraré una excusa...—murmuró Magdalena, que no tenía valor para ver sufrir por su culpa al pobre viejo.

—Pero si no se trata de encontrar excusas... Se trata de saber la verdad... ¿Estás enamorada?... ¿Existo un poco de simpatía entre vosotros?... ¡Responde, responde, por Dios! ¿Te ha hablado?—preguntó, apremiante, el desdichado padre.

—Sí—afirmó Magdalena con nobleza, bajando los ojos humildemente, como si se acusara de un grave pecado.

—¿Y tú... quizá... le has dado alguna esperanza... ¿No es eso?... ¿Le has dado alguna esperanza?

—¡No, no!—exclamó Magdalena con sinceridad, porque nunca había dicho a

Ricardo nada que pudiera hacerle concebir ni la más remota esperanza.

—Entonces, tanto mejor... Se puede acabar fácilmente... Mira, Magdalena, estamos hablando como amigos, como buenos amigos, y quiero que me digas toda la verdad... Tú has pensado en Carlos, te parecía que ofendías su memoria si escuchabas las palabras de amor de otro hombre... pero... pero el corazón te ha traicionado... al corazón no se le puede mandar... Eres joven, la vida te llama, el amor ha hecho renacer en tu alma la ilusión... ¡Si tú hubieras sido dueña de ti, la gente no hubiera tenido tema para sus murmuraciones!... No digas que no, Magdalena, conozco la vida y conozco las veleidades del corazón...

—¿Pero qué dice?—preguntó la muchacha, desconcertada por las cosas que le decía Alejandro, sintiendo que algo se iba alzando entre ellos, algo grande e inevitable, algo que iba a destruir la unión que hasta entonces le había amparado.

—Digo que tú has luchado, que te has debatido entre el miedo y el remordimiento, la piedad para estos pobres viejos...

—¡Pero papá!...—exclamó Magdalena casi en un sollozo.

—¡Ya no soy papá!... ¡Ya no soy papá!...—suspiró el pobre viejo con la voz rota por el dolor—. Yo no supe conocerte... Fué Adelaida la que supo

loer en ti desde el primer momento... ¡Has sido una hipócrita!... ¡Me da coraje verte con esa cara tan impasible, con esa carita de bondad y de misericordia, que no tienes en tu alma!... ¡Bah!... Pero qué puede importarme a mí de ti... ¡Tú eres como las otras!... ¡Una mujer que busca marido, nada más!...

Magdalena se irguió, herida por la ofensa que aquellas palabras contenían, dolida por la incomprensión de aquel en el que ella había creído hasta entonces, y, defendiéndose con bravura, replicó en un arranque espontáneo:

—¡Ah!... ¿Eso es lo que usted cree?... ¡Pues sepa la verdad, toda la verdad! Sí, estoy enamorada, locamente enamorada... Y me iré de aquí, ya que ustedes no han sentido toda la grandeza de mi sacrificio. ¿Quiere usted saber si he sufrido?... Sí, sí, he sufrido tanto, tanto, que hubo momentos en que pensé que el sufrimiento me haría morir. ¡He pasado noches atroces, que usted ni siquiera puede imaginar, luchando entre el pasado y el porvenir: entre un pasado trágico que rompió mi vida en plena juventud, y un porvenir que se me ofrecía lleno de promesas! ¡He pasado noches enteras llamando a Carlos para que me salvara!... Además, no es verdad que estoy aquí, en esta casa, por ser la viuda de su hijo, no... Estoy aquí porque yo soy la compensación de su egoísmo, la alegría que

ya no había en esta casa la traje yo, la juventud que había huido para siempre de su lado, yo la hice resucitar, y usted se rejuvenecía con mi presencia, como se han rejuvenecido sus amigos... ¿Cuál de ellos me ha recordado una sola vez a mi Carlos? ¿Cuál de ustedes me ha hablado de mi pasado, de mi soledad, del amor que se había roto en mi corazón al morir el hombre por el cual lo sacrifiqué todo? ¡Ninguno! Todos pensaban nada más que en encontrar en mí alegría y juventud, sin ver que mi corazón había envejecido en el dolor y que la pena roía mi alma. La única con quien hubiera podido comunicarme, con la que hubiera podido hablar horas y horas de nuestro amado muerto, era su esposa... ¡y tampoco quiso hacerlo! Al contrario, me cerró herméticamente su corazón y me obligó a ocultar mis verdaderos sentimientos; si yo lloraba se ofendía como si yo violase sus derechos, como si tuviera ella el monopolio de las lágrimas por la muerte de Carlos, ¡como si ya no tuviera derecho a sufrir, como sufría ella!... Ahora lo veo todo claro. Usted me acaba de abrir los ojos, don Alejandro, y se lo agradezco... ¡Ahora ya puedo marcharme de aquí tranquila... sin remordimientos... sin la sensación de que cometo una villanía...! Su egoísmo me ha hecho ver que mi sacrificio, el sacrificio de mi juventud y de mi vida toda, que yo había puesto incon-

adicionalmente a su servicio, ha sido completamente estéril... ¡Ahora recobro mi libertad!...

Alejandro se dejó caer anonadado en una silla, mientras Magdalena salía decidida a buscar a Ricardo y darle su promesa de matrimonio. ¡Tenía derecho a la vida, porque era joven y porque el amor había renacido en su corazón con toda la floración maravillosa de una primavera que nace!

\* \* \*

Don Alejandro no podía ver los preparativos de marcha que Magdalena iba haciendo, tomada ya su resolución definitiva. Le dolía en el alma haber destruido él, con sus propias palabras, aquella felicidad que la muchacha había creado en torno suyo. Y ahora que la sabía perdida sin remedio para siempre, no podía acostumbrarse a la idea.

Paseaba por la habitación de su esposa como fiera enjaulada, escuchando los rumores de la habitación vecina donde Magdalena estaba preparando todo su equipaje.

—¿No puedes estar quieto un momento?—le preguntó Adelaida que, al revés de su esposo, parecía contenta, satisfecha, como más dueña de sí, como

si un gran peso le hubiera desaparecido del alma, dándole alas fáciles para volar.

—¿Por qué te molesta que pasee?—preguntó Alejandro con acritud.

—No, no, pasea cuanto quieras, si así lo deseas—contestó ella con una sonrisa que Alejandro no le había visto desde hacía muchísimos años.

—Di la verdad, Adelaida... ¿no estás dolida de que... de que ella nos deje?—le preguntó de pronto, parándose frente a su esposa y hablándole por primera vez de aquel asunto.

—Yo no, querido... ¿Por qué iba a estarlo?

—¡Oh!... ¿A qué viene ese aire de compasión con que me miras?... Porque si tienes alguna cosa que decir... dila, dila sin reparos... ¡Nunca te había visto tan feliz como hoy!... ¡Feliz... porque ella se va... y porque yo sufro!...—murmuró Alejandro que no lograba dominar su temperamento.

Adelaida se acercó a él, le puso una mano sobre el hombro, le miró con ternura y le dijo:

—¡Pobre Alejandro!... ¡Qué poco me comprendes!...

—Pero... ¿es que estás celosa... de ella?

—Sí.

—¿Por... por mí?—preguntó Alejandro, tembloroso.

—No, querido, por ti no... ¡Por él... por nuestro hijo!... Por primera vez,



después de la muerte de Carlos, me ha parecido que soy casi feliz, porque ahora mi hijo volverá a ser mío, únicamente mío, como cuando era pequeño... ¡Ah, si supieras cómo he esperado este momento! ¿Con qué ansia he deseado que Magdalena se enamorase de nuevo! ¿Que borrara de su corazón el recuerdo de Carlos, de mi Carlos!... Ahora, yéndose ella, la casa volverá a ser como era antes, serena y callada... Me parece que Carlos ha regresado de un largo viaje, y vuelve a estar a mi lado después de una ausencia muy prolongada... Que está allí, en su cama, descansando, y siento el deseo de hablar bajito, bajito, para que no despierte... ¡Mi hijo vuelve a ser mío!...

Adelaida sonrió de un modo inefable y Alejandro bajó la cabeza abatido por aquello que él no podía acabar de comprender, porque su sensibilidad de hombre jamás podría alcanzar a abondar en aquellas sentimientos del alma femenina, tan sutiles, tan complicados, de repliegues tan íntimos y tan profundos.

Adelaida entró en el cuarto de Magdalena sonriendo todavía y, con una amabilidad que jamás había usado con ella, le preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo, Magdalena?

—No, gracias, señora, ya he terminado. Rosa llevará mis maletas hasta la gondola.

—¿A qué hora viene a buscarte?

—A eso de las tres, señora.

—Va a empezar una nueva vida para ti, Magdalena... ¡Encontrarás tantas cosas bonitas que no has encontrado hasta ahora!... Y volverás a ser feliz otra vez...

—Así lo espero... así lo deseo con toda mi alma—replicó Magdalena con una amargura en la voz que la hacía temblar como si fuera a romper en llanto—. ¡Pero es tan triste que usted encuentre una palabra buena para mí tan sólo hoy, cuando voy a dejar su casa para siempre!...

—Quizás algún día comprenderás todo lo que ha pasado por mi alma... Pero no, para comprender ciertas cosas es necesario ser vieja y haber sufrido mucho... No deseo que puedas comprenderme... Continúa con tu cara fresca y tus cabellos rubios, con tu mirada ingenua y tu sencillez de muchacha inocente... ¡y que puedas ser dichosa muchos, muchos años, hija mía!... Voy a decir a Alejandro que estás dispuesta...

Magdalena recogió sus últimas chucherías y bajó al recibimiento. Sentía una amargura muy honda en su corazón al dejar aquella casa, y, aunque marchaba hacia la felicidad, no podía contener las lágrimas al abandonar todo un pasado melancólico, pero en el que había también dulces recuerdos.

Los tres viejos amigos vinieron a despedirla.

—Magdalena—le dijo Genaro—, quisiera decirle tantas cosas... ¡pero tengo un nudo en la garganta que no me deja hablar!

—Yo no puedo ni tartamudear... —murmuró Guillermo, disimulando mal su emoción y ocultando en un ataque de tos las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. ¡Que Dios la bendiga!

—Venga, venga usted aquí... que la saludé yo por todas—dijo Anselmo, que era el que conservaba mejor la serenidad—. Es injusto quejarse porque ella se marcha... ¡Que vaya, bendita de Dios, a hacer su nido y a ser dichosa!... Nosotros le agradecemos mucho todo lo que ha venido a darnos de juventud, de alegría, de alegría verdadera y sincera... Pensaremos siempre en usted, Magdalena, y usted, alguna vez, en medio de su dicha, acuérdesse de estos tres pobres viejos que la han querido tantísimo...

La voz se le quebró y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar como un niño.

Adelaída abrazó a Magdalena:

—Ve... se feliz... ¡y se una buena esposa, hija mía!

—¡Sí, mamá!...—replicó la muchacha, dándole aquel nombre que hasta aquel momento no le había podido nunca dar.

Magdalena se encontró frente a An-

selmo y se arrojó en sus brazos llorando desconsoladamente:

—¡Adiós... Magdalena... y perdóname si alguna vez...!

—¡Oh, no, no, papá... perdóneme usted, perdóneme! —sollozó la joven sin lograr desasirse de aquel abrazo.

—Se hace tarde... vamos... pronto... —dijo Anselmo para cortar el dolor de aquella despedida que a todos hacía tanto daño.

Magdalena saltó a la góndola donde Ricardo la esperaba, y la frágil embarcación se deslizó suavemente sobre la quieta superficie de las aguas del canal.

Desde el jardincillo la miraban partir los que en la casa quedaban. La góndola iba hacia la luz, hacia el sol que seguía su carrera majestuosa por el horizonte y que caminaba hacia el ocaso. Los rayos del astro nimbaban la góndola haciéndola aparecer como algo irreal, ultraterrestre, como si fuera un símbolo de amor, de felicidad y de gloria, mientras en el jardincillo las sombras se iban haciendo densas y tristes, apretujándose por todos los rincones de los que hacía ya rato había huido la luz.

Anselmo se levantó el cuello del abrigo, metió las manos en los bolsillos y murmuró, dirigiéndose a sus amigos:

—Vamos, hijitos... ¡Ya ha emperado el frío!...



**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
los mejores asuntos  
cinematográficos

**EDICIONES BISTAGNE**





